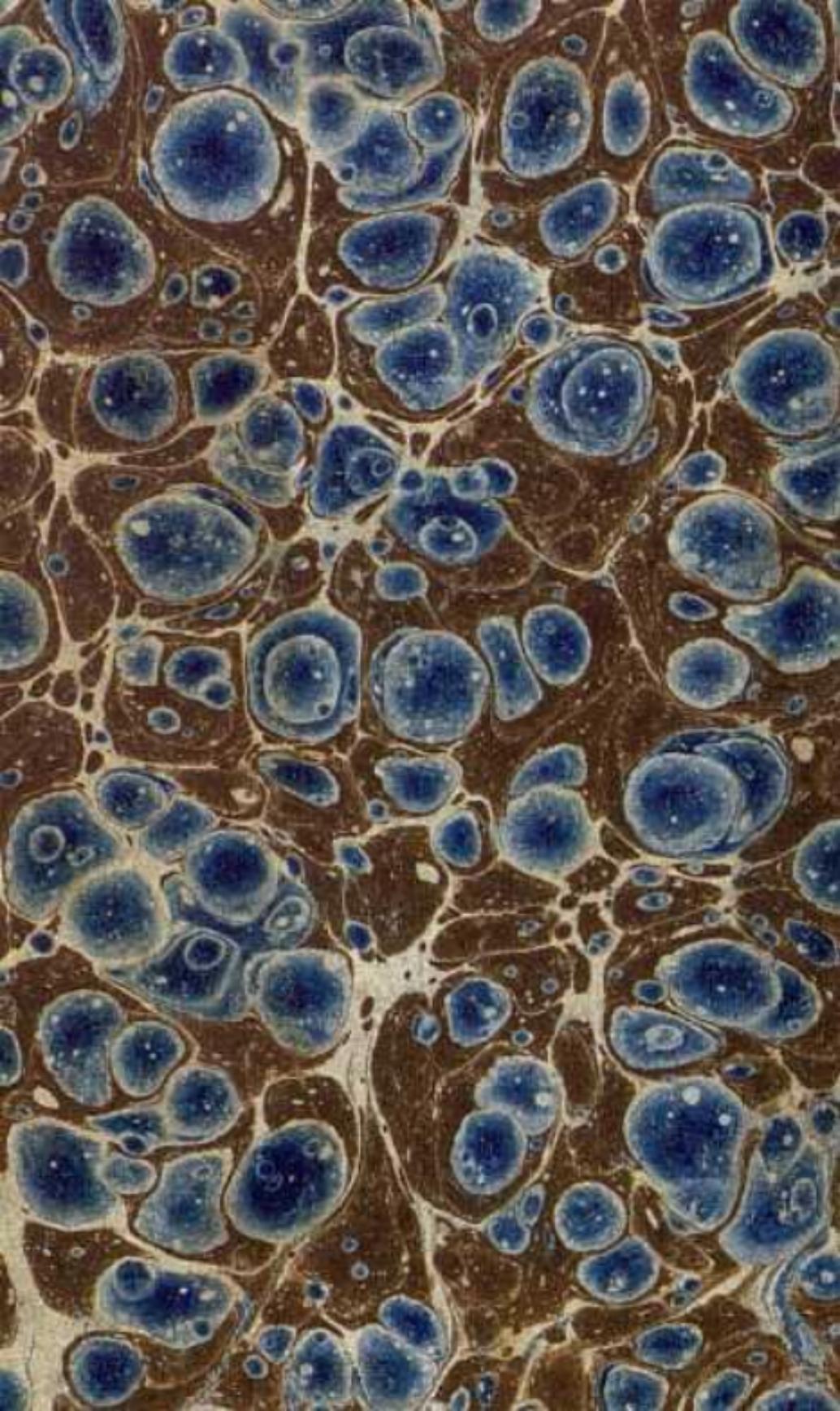
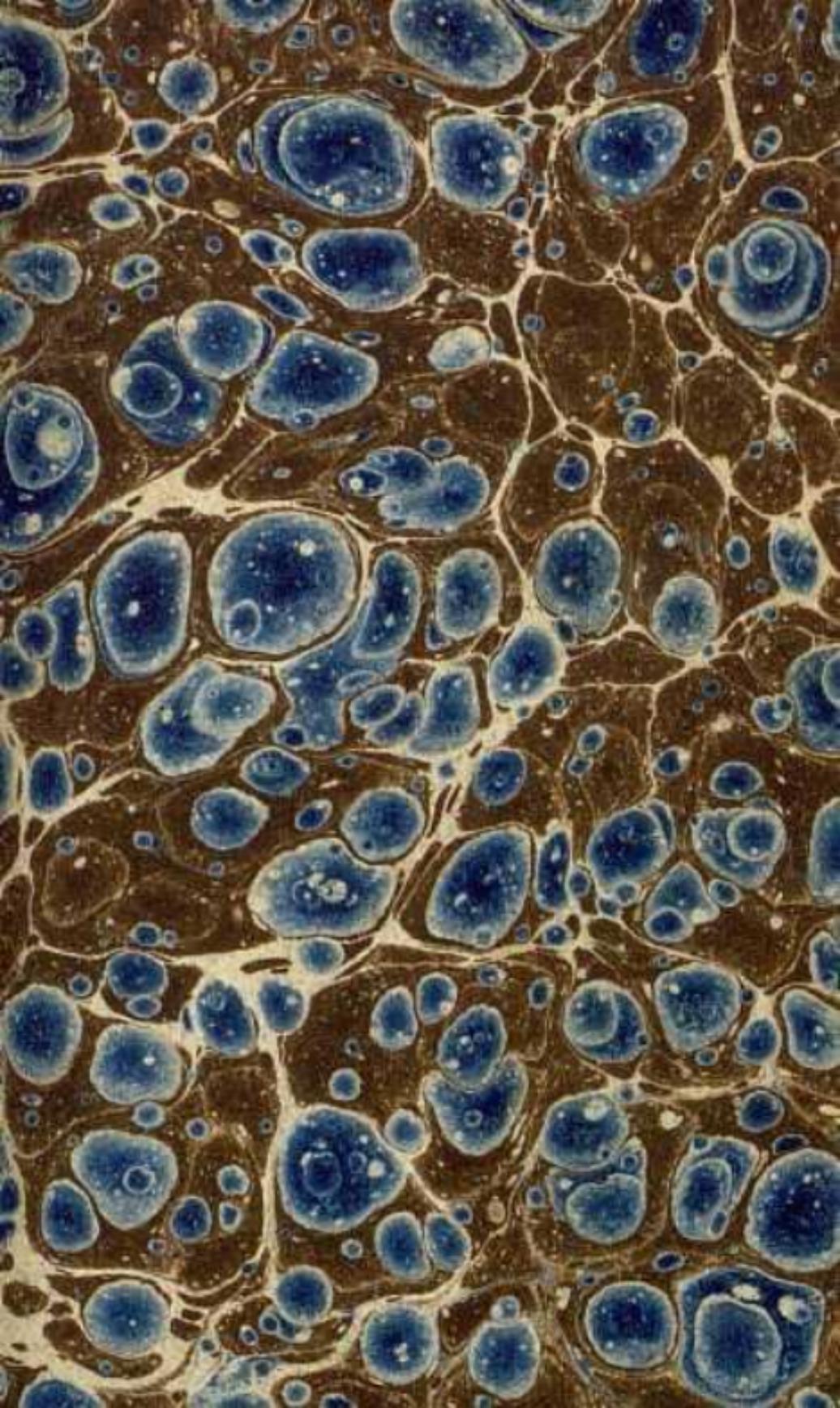


12-1







**AVENTURAS**  
**de**  
**SATURNINO FICHET.**



I.

REVUE

SAISON





*Contigo! dijo Margarita aterrada,  
abandonar a mi padre!.....*

**AVENTURAS**  
DE  
**SATURNINO FICHET,**  
Ó LA  
**CONSPIRACION DE LA ROUARIE.**

—  
**POR**  
**FEDERICO SOULIÉ.**

—  
**TOMO I.**  
—



**MALAGA.**

—  
**IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,**  
**Calle del Marques.**  
**N.º 10 y 12.**

*B. 21. 414*

Es propiedad de la  
casa de Martinez de  
Aguilar.

---

## AVENTURAS

# De Saturnino Sichel.

---

### PRÓLOGO.

#### **Una historia misteriosa.**

**E**n una callejuela que va del paseo de San Pedro, al colegio de Nantes, mucho mas allá de este y á corta distancia del cementerio, habia en 1787 una casa de mediana apariencia. No tenia ventanas á la callejuela, ni otra entrada que una puerta pintada de verde que da-

ba al jardín que la circundaba, y el cual, cercado de tapias cubiertas de ricas espalderas, estaba en medio del campo, de modo que la habitación quedaba enteramente resguardada de la curiosidad de los transeuntes.

El interior del jardín, perfectamente cuidado y figurando parterres, encerraba las flores mas estrañas y mas de moda en aquella época. La casa, rodeada de enrejados cubiertos de jazmines, clematides y rosales, estaba envuelta de verdura, de perfumes y de flores. Una puerta vidriera de dos hojas, daba entrada al piso bajo y luz á un pasillo bastante ancho. A la derecha de este habia una sala amueblada con elegancia, y mas allá estaba la escalera qua conducia al piso principal, y al segundo. A la izquierda estaba la cocina y el comedor, este enfrente de la sala y la primera enfrente de la escalera.

El piso principal se dividia en dos alcobas y un cuarto de tocador; el piso segundo constaba de tres piezas para criados.

Era todo muy pequeño, pero muy bonito y muy bien cuidado: las sillerias estaban tapadas con cubiertas blancas y las colgaduras eran de telas estampadas figurando pastorales.

La escalera de piedra que bajaba desde la puerta de la casa al jardin, estaba cubierta de macetas de loza, llenas de flores. Las divisiones de los parterres eran de boj, y estaban recortadas con una igualdad singular. Las calles perfectamente barridas; los frutales de las espalderas no tenian una rama ni una hoja que se separase del nivel general.

Todo este conjunto anunciaba que el habitante de aquella morada debia ser un hombre frio, puntual, y matemático, á quien la mas le-

ve variacion en el sistema de vida ó de costumbres que habia adoptado , le seria perjudicial ; un hombre de edad avanzada , de figura glacial , con vuelos perfectamente planchados , bien cepillado , peinado y enpolvado , y vestido con tanto escrúpulo como el que guardaba en la estricta alineacion del jardin.

Pero si por un favor especial se hubiera penetrado en este palacio encantado , no se habria encontrado mas que una hermosa jóven, alta , esbelta , de mirar firme y atrevido , con movimientos bruscos y coléricos , á quien no podia achacarse el gusto simétrico en cuyo centro vivia.

El dia en que empieza nuestra historia , estaba sentada bajo una parra en forma de cenador , y sumida en triste preocupacion. Siguiendo el plantel de viñedo se encontraba una casita que solo cons-

taba de dos piezas bajas.

Allí vivía el jardinero, el hombre de la cimetría.

La primera pieza de este pabelloncito, estaba llena de estantes pequeños, todos del mismo ancho. Sobre los estantes había artesillas de madera, perfectamente alineadas que contenían simientes.

El corte de las tablas estaba lleno de clavos colocados todos á la misma distancia, y de cada clavo pendía un saquito igual por su tamaño á todos los demas.

El hombre que cuidaba de un jardín semejante y que había arreglado la pieza que hemos descrito, debía ser implacable. El exceso de regularidad es un mal signo. Esos caracteres, como Tarquino, cortan la flor mas hermosa, si sale un ápice del nivel que la han prescrito, y si llegan á tener algun poder, cortan todo lo que trata de elevarse, sean flores ó cabezas.

En la época de que hablamos no habia probabilidad de que Guillermo Poiré, que era el nombre del jardinero, pudiese ejercer su mania de alineacion mas que con las flores de su jardin.

Guillermo estaba en la segunda pieza del pabellon que le servia de alcoba, sentado delante de una mesa, hablando con una muger de alguna edad, vestida con la regularidad y aseo que se notaba en toda la casa.

—No, no, decia él, meneando la cabeza con un movimiento tan acompasado como el de la péndola de un reloj, no, Mariana, no estoy contento.

—Pues no teneis porque quejaros; la señorita Margarita no coge ya flores, ni corre por los viveros, ni estropea los canastillos, ni coge la fruta antes de estar en sazón.

—Es verdad, es verdad, replicó Guillermo, pero el desórden que

ha cesado por esta parte ha pasado á otra ; hay muchas gentes que no pueden seguir una marcha regular en las cosas de la vida , la señorita camina ahora derecha por las calles del jardin , pero no le sucede lo mismo en su conducta.

—¿Estás seguro de lo que decis? señor Guillermo.

—Sí, si, su espíritu tiende al mal , y sino se ocupa en estropear mi jardin , debe hacerlo de otra cosa.

—¿No puede haberse corregido de ese defecto que tantas veces la habeis reprendido , pues era causa de que en un cuarto de hora destruyese el trabajo de ocho dias?

—No se corrige uno de sus defectos , contestó el jardinero con tono doctoral , mas que por el amor ó por el temor que se tiene á las gentes ; ahora bien , la señorita me aborrece y no me teme , por lo tanto no se ha corregido per mí , de lo

que deduzco que sino destroza el jardín, es porque tiene otra cosa que hacer.

—Y qué quereis que tenga que hacer en esta casa de donde no sale jamas, y donde nadie viene á verla mas quo su padre dos ó tres veces á la semana, y eso despues de entrada la noche? Despues de entrada la noche? Despues de leer y bordar, despues que se viste y se desnuda dos ó tres veces al dia, en que quereis que se ocupe la pobre señorita?

—Su padre se informará de eso, si lo juzga conveniente, pero como tengo órden formal de avisarle de cuanto ocurra aquí, lo haré.

—Y qué es lo que ocurre?

—Mariana, lo sabreis ó no lo sabreis segun lo que el amo disponga, pero yo diré lo que he visto.

—Mirad señor Guillermo, dijo la criada con tono agri-dulce, que yo soy la encargada de vigilar á la se-

ñorita, y que acusarla sería acusarme á mi tambien, y lo mismo que decir, que permito que se hagan cosas que no deben hacerse.

—Yo no respondo mas que del jardin y solo hablaré del jardin. No he ido á inspeccionar el suelo de vuestras habitaciones para ver si han paseado dos en lugar de uno, ni las cerraduras de las puertas para cerciorarme de si se han abierto á horas que debian estar cerradas.....

—Suponeis dijo la criada con viveza, que ha entrado alguien aqui?

—No he visto á nadie, y por consiguiente no diré lo que no he visto; pero he encontrado la puerta que da al campo cerrada con picaporte, debiendo estar con llave.

—Os habreis olvidado de echar la llave.

—A mi no se me olvida nunca lo que hago todas las noches con la mayor exactitud. No he visto á na-

die, pero he visto en las calles del jardin los pies de de un hombre, al lado de los de la señorita.

—Serian los de su padre que vino hace tres dias.

—Por consiguiente no pudo estar ayer, y yo barro las calles todos los dias; ademas no pudo engañarme, el pie de la señorita tiene siete pulgadas y tres lineas de largo; el de su padre M. Lemaitre diez pulgadas y cuarto de largo, y tres pulgadas y nueve lineas de ancho, y el pie de que se trata, no tiene mas que ocho pulgadas de largo por tres de ancho.

—Pues será el mio probablemente; porque estuve paseándome con la señorita.

El jardinero soltó una carcajada, mirando con desden el pie de la criada.

—No he medido vuestro pie, Mariana, pero sé que es tan ancho como largo, y el que yo he descubierto

era estrecho, delicado y convado; pues no se marcaba mas que el talon y la punta en la tierra.

—Es decir que acusais á la señorita de que recibe visitas secretas?

—Eh! eh!

—De algun amante tal vez?

—Eh! eh!

—Y añadiréis que los protejo yo?

—He seguido los pasos que llegaban hasta la escalera de la casa. No sé si han entrado ó no, porque eso no me incumbe.

—Sois un visionario y un mal hombre. Conocéis á Mr. Lemaitre y sabéis que no se enfada ni riñe jamás por nada; pero ya os acordareis como se enfureció el dia que le dije que me parecia haber visto un hombre sobre la tapia del jardin. Se puso fuera de sí y trataba nada menos que de espantar al curioso á tiros; queria dejar la casa, y solo conseguí calmarle diciéndole que era

un chicuelo de diez ó doce años.

—Y mentisteis, Mariana, porque era un hermoso jóven de veinte y cinco años, con ojos azules, cejas negras y pelo negro sin polvos. Le conozco y...

—¿Le habeis visto? preguntó Mariana que no habia observado el aire amenazador con que dijo: Le conozco.....

—Cinco ó seis veces.

—Y no habeis dicho nada al amo?

—Yo no respondo mas que de lo que pasa en el jardin, las afueras no me pertenecen; y el galan estaba al otro lado de la tapia.

—Pues bien, antes de hablar al amo, dejad que se lo advierta á la señorita.

—Como querais; pero diré al amo que la habeis prevenido.

—Para que me despidan?

—Nada de eso; pero diré la verdad, ni mas ni menos.

—Pues bien, no la diré nada. Pero estais cierto de haber visto lo que decis? De dónde venian esos pasos que habeis advertido?

—De la puerta que da al campo...

La voz de Margarita que llamaba á Mariana interrumpió á los dos interlocutores.

La criada salió precipitadamente del pabellon del jardinero y encontró á Margarita que la buscaba, y que le dijo:

—Despáchate, Mariana, mi padre cena esta noche conmigo.

—Mr. Lemaitre, que acompañaba á su hija, contestó á la reverencia que le hizo Mariana con una inclinacion de cabeza imperceptible, y siguió andando apoyado en el brazo de Margarita.

Mr. Lemaitre era hombre de cincuenta años, sumamente flaco y pálido, con ojos grises y muy hundidos, medio cubiertos por grandes

cejas negras espesas; la nariz larga y la frente preñada daban á su cara el aire de un ave de rapiña. Sus lábios delgados y blancos aumentaban la espresion de fria crueldad de su fisonomia. Era calva y contra la moda de la época, no llevaba peluca, era alto y al parecer de una fuerza atlética: su traje era enteramente negro.

Margarita tenia todas las facciones de su padre; la nariz aguileña, la frente elevada, los ojos claros, las cejas negras, era alta, y andaba con soltura; pero tenia lo que pudiera llamarse, el mérito de los defectos de su padre. Lo que en él llegaba á la fealdad y la ridiculez, se quedaba en ella en perfeccion y hermosura.

El padre era feo y tenia el semblante feroz, la hija era hermosa y resuelta.

Apenas se fue Mariana, se sentaron en un banco situado en la

que daba al cenador de que hemos hablado.

—Ten un poco de paciencia, dijo Mr. Lemaitre á su hija, que dentro de unos dias saldrás de esta casa y nos iremos de Francia.

—De Francia, padre mio! ¿y por qué?

—No me gustan las preguntas, hija mia. Ya sabes que te digo todo lo que puedo; decirte por consiguiente es inútil que me preguntes, cuando no puedo ó no debo responderte. Saldremos de Francia, porque es preciso.

—Para vivir como vivo, contestó Margarita con amargura, tanto me da ir á morir á cualquier parte, como quedarme aqui.

—Es que fuera de aqui no estarás sola; tendremos una gran casa, tendrás amigas y compañeras, y si se presenta un novio que te conveniga, soy bastante rico para hacer que se case contigo, tenga él for-

tuna ó no la tenga.

—¿Pero no puede hacerse eso mismo en Francia?

Mr. Lemaitre miró á su hija con severidad; ella bajó los ojos, él la examinó algunos instantes atentamente, y luego la dijo:

—Tres meses hace que te saqué del convento de religiosas carmelitas de Evron donde te has educado. Te traje aquí y te dije que nos iríamos pronto de Francia; lejos de contrariarte esa idea no vine un solo dia en todo el primer mes, que no me preguntases cuando nos marchábamos.

Margarita no contestó.

—¿En qué consiste, continuó Mr. Lemaitre, observando á su hija, que de pronto te ha entrado esa afición á tu pais? No serán los placeres ni las distracciones que has encontrado en esta casa, las que te la hayan inspirado... luego hay otra causa.

Tampoco respondió Margarita; su padre no la quitaba ojo y repuso con mas severidad.

—En qué consiste? Teneis la bondad de decírmelo?

—En nada, padre mio, contestó Margarita con resolucion, se acostumbra uno á todo, hasta al fastidio. Me he acostumbrado al de esta casa, y temo cambiarle por otro.

—Asi correspondes al cariño de tu padre? Asi recompensas diez y ocho años de desvelos, de trabajos y privaciones para hacerte feliz, y asegurarte un porvenir brillante?

—Perdon, padre mio, dijo Margarita con efusion, pero lo que sé de mi existencia es tan extraño y se parece tan poco á la vida de las jóvenes que he conocido, que me asusta el porvenir que me ofreceis. Cuando tenia seis años, vivia con una pobre aldeana de Guerande, que me llamaba hija suya. Yo la tenia

por madre, y era feliz: jugaba y corria. Fuisteis un dia y me dijisteis. «Eres hija mia.» Pagasteis á la pobre aldeana, que me confesó llorando que no era mi madre, sino mi nodriza, y me llevasteis en un coche. Entonces me dijisteis que no era pobre, y que iba á entrar en un convento, donde me educarian como una señorita rica.

—No te he cumplido mi palabra?

—Sí, sin duda: pero mis compañeras veian con frecuencia á sus madres, á sus hermanos, á sus parientes, y hasta sus amigos venian á visitarlas. Los dias de fiesta salian y volvian al convento con gratos recuerdos: durante mi permanencia en Evron, solo os he visto cuatro veces, y nunca en los dias en que venian á ver á mis compañeras. Nunca en el dia de mi santo, en el dia primero de año, ni cuando se hacia la distribucion

de premios. Ultimamente, padre mio, dijo Margarita llorando, dos veces estuve á la muerte, y no vinisteis á verme.

—Es verdad, es verdad, dijo Mr. Lemaitre, á quien partian el alma las quejas de su hija, es verdad; pero de aqui en adelante, no será así.

—¡Qué se yo! Quise entrar religiosa, estaba decidida á no conocer ese mundo de donde presentia que estaba desterrada, y vinisteis á arrancarme á la vida que habia aceptado y á algunas amistades que eran sinceras.... Entonces me dijisteis. «Tu tambien conocerás el mundo y serás feliz» y despues de hacerme esta promesa, me tragisteis á esta casa, donde me habeis dejado sola, con un criado y una criada, sin permitirme que salga ni una vez de ella.

El padre padecia horriblemente con las reconvenciones de su hija,

pero se contuvo y la dijo con tono casi suplicante:

—Ten paciencia unos días, Margarita, unos días nada más. No pasará una semana sin que salgas de aquí, y luego que salgas, te juro, hija mía, que no habrá señorita por noble y rica que sea, que no tenga que envidiar tu existencia.

—Pues bien, padre mío, dejadme vivir aquí; esta vida me agrada... Dejadme morir aquí... no quiero ir a otra parte...

—¡Margarita! gritó Mr. Lemaitre con tono tan amenazador que la hizo estremecerse.

—Pero por qué, repuso ella con impaciencia, no me participais vuestros proyectos? ¿Por qué no me decis quien soy yo y quien sois vos? porque decis que sois mi padre... pero nadie...

La joven se detuvo al encontrarse con la mirada terrible y desesperada de su padre.

—Margarita, el dia en que seas culpable, el dia en que faltes al amor y al respeto que debes á tu padre, y á las leyes santas del honor; ese dia contestaré á tus preguntas, y mi contestacion será tu castigo... Entra en la casa, ya no ceno contigo esta noche; dentro de tres dias vendré á buscarte, y nos marcharemos para siempre...

Margarita se levantó, saludó á su padre y se retiró. ¡Ah! Si le hubiera visto luego que se quedó solo, la repulsion que le inspiraba se hubiera trocado en simpatia, ó por lo menos en piedad. Asi que desapareció Margarita, Mr. Lemaitre se cubrió el rostro con las manos, y empezó á llorar y á exhalar profundos gemidos.

—¡Ah!, murmuró con desesperacion, nada, nada, ni el cariño de mi hija!

Y sus dedos crispados por el dolor, parecia que querian despeda-

zarle la cabeza. Cerca de media hora estuvo así, llorando y gimiendo.

Ya era de noche cuando se serenó y se levantó y dijo:

— ¡Tres dias todavía, y al cabo de tres dias seré libre!

En este momento su semblante estaba alegre; porque parecia ver en su próxima libertad la realizacion de esperanzas contenidas por mucho tiempo, entre las cuales contaba sin duda el cariño de Margarita, porque miró á las ventanas de su cuarto, y exclamó en voz alta.

— Entonces me querrá.

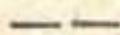
Y se alejó con rapidez; mas al llegar á la puerta del jardin que daba al campo encontró á Guillermo Poiré pegado á la misma; y que en vez de retirarse al llegar su amo se quedó inmóvil.

— ¿Que hay, Guillermo? le dijo Mr. Lemaitre.

— Hay novedades, contestó el jar-

dinero.

En seguida se dirigió con paso medurado á su pabellon, donde le siguió Mr. Lemaitre y se encerraron ambos.



La noche estaba oscura; el reloj de la capilla del convento de los Oratorianos situado á corta distancia de la casa de Margarita, acababa de dar las once. La puerta del jardin se abrió, y un jóven envuelto en una ancha capa, entró furtivamente. Avanzó como hombre que conoce bien el terreno, y se dirigió á la alameda donde pasó la conservacion que hemos referido, entre M. Lemaitre y su hija.

Margarita estaba allí sentada en un banco de piedra, y no se movió al acercarse el jóven; quien la llamó en voz baja, y ella le alargó la mano, haciéndole seña de que

se sentara junto á ella , pero no le respondió. Estaba llorando.

—¿Qué tienes , Margarita ? ¿ Por qué lloras ? ¿ He venido tarde como el otro día , y tendré que implorar mi perdón por espacio de una hora ?

—No , Cesario , no has venido tarde , y acaso hubiera sido mejor no hubieses venido.

—Lo que dices es poco lisonjero , querida Margarita , pues solo cuando un hombre fastidia puede desearse que no venga.

—¿ Te he dicho eso Cesario ? ¿ No comprendes que si siento que vengas es por lo mucho que me agrada tu presencia ?

—Esplicame eso Margarita , dijo el jóven con algo de fatuidad , ¿ cómo es que mi presencia te agrada y te causa pena ?

—Cesario , contestó la jóven llorando , me marchó dentro de tres dias , mi padre me lleva fuera de

Francia.

—Y qué clase de padre es ese, que no se le puede ver, ni hablar, ni hacerle que atienda á razones?

—No hables así, dijo Margarita asustada y como si su padre hubiera podido oír las palabras de su amante, no hables así! El día en que por la vez primera te ví sobre la tapia del jardín, le dijeron que las miradas de un hombre habían penetrado aquí, y sus amenazas fueron tales, que todavía me estremezco. ¡Te mataría Cesario!

—En primer lugar, hija mia no se mata á un caballero que se llama el conde de Perbruck, sin mirarse muy bien en ello; y luego, sea uno caballero, ó plebeyo, teniendo veinte y tres años, una figura regular, bastante destreza para haberse batido en Saint-Georges, y bastante fuerza para haber disputado el premio de la lucha á los rústicos bretones en la fiesta de Por-

nick, no tiene una gana de morir y no se deja matar como un pollo, á no ser que le asesinasen en la revuelta de un bosque; y estamos en campo raso.

—De todo te ries Cesario!

—Porque tus temores son ridiculos, querida Margarita.

—Pero, me voy dentro de tres dias, pero en vez de irte con tu padre, te vienes conmigo.

—Contigo! dijo Margarita aterrada, abandonar á mi padre!...

—Antes de escuchar las buenas razones que cualquiera jóven me daria en tu lugar, dijo el conde interrumpiéndola, quisiera saber si ese caballero, es tu padre realmente. Me has dicho que se llama Mr. Lemaitre; he hecho buscar por toda la ciudad de Nantes, los Lemaitres existentes, los he visto, y ninguno corresponde á las señas que me has dado de tu supuesto padre. Unos son mas viejos, otros mas jóvenes,

y los que andan alrededor de los cincuenta, no son gentes de figura triste y misteriosa. En general son buenos ciudadanos, que viven detrás de su mostrador, y que según los informes que me he proporcionado no tienen casa misteriosa, ni hija oculta.

—Es extraño, dijo Margarita en voz baja.

—Aun hay más, he hecho que una de mis tías que tiene relaciones de beaterio en toda Francia, escriba á la superiora del convento de Evron, de quien fue muy amiga en la juventud, y en cuyo convento habeis debido conocer á la señorita de Paradeze, para preguntarla que pensaban allí de la señorita Lemaitre y de su padre, y he aquí lo que le han contestado:

La señorita Lemaitre fue llevada á Evron por un hombre de cara patibularia que la presentó como hija suya. Dijo que era negociante

en Hamburgo , y que casi siempre estaba vajando para el arreglo de sus asuntos ; que deseaba que su hija recibiese una educacion sobresaliente , y en prueba de ello nos dejó en depósito una suma de quince mil libras. Despues no ha vuelto mas que tres ó quatro veces, y apenas se ha detenido. Hace tres meses que vino por su hija , y sin pedir cuenta de la cantidad que habia depositado , se la llevó , regalando á la comunidad un hermoso cristo de plata , esmeradamente trabajado.»

Esto es todo lo que he podido saber de Evron.

—Segun eso , contestó Margarita, puede que mi padre sea extranjero, y nos vayamos á Alemania.

—Aguarda un poco , dijo el conde , aun he hecho mas : he ido á Guerande , y he buscado á la muger que te crió ; y he aquí lo que me ha contado:

«Una noche que estaba sola en su cabaña, llorando junto al cadáver de su hijo que había muerto aquella mañana, entró un hombre que llevaba una criatura debajo de la capa. Cómo supo que había perdido á mi hijo, decia la pobre aldeana, no lo sé, pero lo cierto es que me puso la criatura sobre la falda y me dijo:

— «Aquí teneis una hija que Dios os envia para vuestro consuelo; criadla, cuidadla, y sereis recompensada generosamente.»

Y al mismo tiempo dejó sobre el baul un talego lleno de escudos, donde habia dos mil libras.

«Antes de que tuviera tiempo para volver en mí, y contestar al desconocido, alcanzó una imágen de la Virgen que estaba colgada de la pared y me dijo:

«Me llamo Dumont, y el dia en que venga á reclamar esta niña, traeré esta imágen.»

«Seis años despues, me trajo la imágen y se llevó á Margarita; y diciéndole yo que queria saber de la niña me contestó:

—«Asi que lleguemos á Savenay, donde resido, os escribiré.»

—Puede haberse visto precisado mi padre á cambiar de nombre y de residencia, dijo Margarita.

—Es que he ido á Savenay, contestó Cesario y nunca ha existido ese Mr. Dumont, y en Hamburgo, donde he escrito, tampoco se conoce á Mr. Lemaitre. Es preciso que te resignes, querida Margarita, pero tu padre es el hombre mas sospechoso del mundo.

Margarita suspiró: no podia menos que convenir que Mr. de Perbruck tenia razon. No la apesadumbraba esto por el afecto que tuviese á su padre, sino porque veia que la faltaba el único apoyo que le quedaba contra su debilidad. Si Mr. de Perbruk hubiese descubier-

que Mr. Lemaitre era un rico negociante, que se ocultaba, pero que luego que volviese á su país podria asegurarla un porvenir honroso, es probable que hubiera resistido con mas energía, á las apremiantes exigencias de Cesario. Pero Margarita no solo no sentia hácia su padre ese cariño que inspiran los cuidados que nos prodigan en la infancia, sino que interiormente desconfiaba de él.

Algunas palabras que se habian escapado á Mr. Lemaitre, en sus arrebatos de cólera, habian parecido inexplicables á Margarita. Aquel mismo dia habia reflexionado largamente sobre la amenaza que la habia hecho de que el conocimiento de su secreto seria el castigo mas cruel que podria imponerla, y de aquí infirió como era natural que aquel hombre debia ser un gran criminal, y lo que el conde de Perbruk acababa de decirle, confirma-

ba sus sospechas.

No es de extrañar que Margarita se decidiese, con demasiada ligereza tal vez, á confiar su vida y su honor al hombre que amaba, mas bien que al que se llamaba padre suyo : ademas carecia de ese respeto al honor de la familia , que á veces nos contiene , cuando estamos dispuestos á sacrificar el propio. Sin embargo , replicó:

—No sé qué motivos habrá tenido mi padre para obrar así , pero el afan con que me proporciona cuanto puede agradarme...

—Escepto la libertad.

—El temor que tantas veces ha manifestado de que me descubra, y su cólera á la sola idea de que pueda olvidar mis deberes, todo esto me muestra.....

—Que es un celoso.

—¿ Qué quieres decir ? preguntó Margarita sorprendida.

—Querida mia , dijo Cesario in-

clinándose hácia Margarita , para hablarla mas bajo , hay cosas que deberias ignorar : pero tu interés y tu salvacion tal vez exigen que te las diga. Hay hombres que se figuran que el dinero todo lo puede (y suelen tener razon); no son jóvenes , ni buenos mozos , ni tienen posicion ventajosa en la sociedad, y quieren gozar de todos los placeres que proporcionan tan brillantes circunstancias. Por ejemplo , supon que Mr. Lemaitre no sea tu padre, que te haya robado á tu familia, y que despues de haberte educado como á una duquesa , te lleve á un pais extranjero ; y cuando te tenga allí sin recurso ni proteccion te diga : querida mia , es menester cambiar de parentesco , y que en vez de ser mi hija seas mi muger.....

— ¡Es imposible! exclamó Margarita con espanto.

— Vamos mas lejos ; y supon que ese caballero no quiera ni aun

honrarte con el título de esposa y que te obligue...

—Qué horror! Calla!...

—En un país extraño, sola, abandonada y sin familia, á quien apelarías?

—Y en Francia mismo, ¿á quien habia de apelar?

—¿A quién, Margarita?... ¿Te olvidas de mí, querida?

—Tú eres noble y rico.

—Eso no es falta.

—No querrias casarte con una pobre desconocida.

—Eso no se dice, Margarita. Los hombres bien nacidos siempre se casan como quiera que sea.

—Me lo juras, Cesario? dijo Margarita, que estaba demasiado desesperada para comprender la impertinencia del conde.

—Te lo juro.

—Sálvame tú entonces! Protéjeme!

—Soy todo tuyo: tu padre te

dicho que dentro de tres dias dejarás esta casa, pues bien, está pronta y mañana marcharemos. Una silla de posta nos esperará en el camino que conduce á la puerta del jardin, en cinco minutos estamos allí y dos horas despues descansaremos en mi casti- llo de Vinchon.

—¿Con tu madre?

—Con mi madre, de seguro.

—Seré condesa de Perbruck.

—Serás todo lo que quieras, sien- do tan hermosa, puedes aspirar á todo, aunque sea á un trono.

A qué referir lo que se dijeron los dos amantes, despues que concertaron su fuga? veamos solamen- te como se explicaba el conde de Perbruck, á la mañana siguiente.

Estaba en su casa, que era uno de los magníficos palacios, situados en el paseo de San Pedro.

El marqués de Perbruck, su pa- dre, le habia cedido un ala del pi- so principal, que él habitaba. La

otra sala acababa de alhajarse con magnificencia para recibir nuevos huéspedes.

Cesario de Perbruck estaba entre las manos de su ayuda de cámara, y enfrente estaba de pie un hombre de traza despreciable, cuyo retrato haremos en otra ocasión.

—Y bien, señor Fichet, le decía el conde, ¿cuándo me traeis los quinientos lises que os he mandado a pedir con mi ayuda de cámara?

—Quinientos lises, señor conde, contestó el flaco personaje, en mi vida he pasado por la misma puerta que ellos.

—¿Te olvidas de que has pasado por esta con mil que te devolví por quince mil libras que me habias prestado un año antes?

—Ese dinero no era para mí, señor conde.

—Todos decís lo mismo: el dinero es siempre de un amigo vuestro, ó de un amigo de aquel que os le

presta, de modo que dejando en cada mano por donde pasa un veinte por ciento de interes, llega tan estrujado á manos del pobre que toma prestado, que suele no alcanzar á un seis por ciento. Ya sabeis que conozco vuestros manejos, y que me dejo desollar sin gritar, pero no me gusta que me fastidien.

Fichet pasó la mano á su sombrero grasiendo y no contestó. Luego preguntó:

—¿Habeis perdido alguna suma de consideracion en el juego?

—Si eso fuera, no me espondria á vuestras dilaciones, se lo diria á mi padre que se enfadaria, pero concluiria dándome una letra contra su mayordomo vuestro señor hermano.

—¿Por qué no os dirigis á él, que tiene fondos?

—Porque vuestro señor hermano, es hombre honrado, ó á lo menos pasa por tal, y no me prestaria con usura el dinero de mi padre: ademas

está en Paris.

—Mi hermano es muy rico, dijo Fichet con mal humor.

Vuestro hermano tiene á medias con vos una posesion de que sacais muy buen producto, ya lo sé. Vaya, señor Fichet, no os figureis que ignoro que los quinientos luisas que me prestéis me costarán setecientos; y que si no os los devuelvo en el término de tres meses, me costarán mil, y tres meses despues mil quinientos, y asi sucesivamente; de modo que si os dejara, en diez años vendria á deberos veinte mil luisas ó mas. Sois un bribon.

—Señor conde..

—Pero os necesito, y acepto las proposiciones. Acabemos, nunca os he encontrado tan rebelde.

Sin duda tenia Fichet algun motivo para hacerse rogar tanto, porque replicó con tono meloso:

—Y yo nunca he visto tau desconfiado al señor conde. La persona

que presta el dinero es religioso y quiere saber el uso que va á hacerse de sus fondos.

—Pues bien, respondió el conde, tendiendo la pierua para que le calzara su ayuda de cámara, le direis que es para hacer una fundacion piadosa.

—En honor de alguna virgen immaculada.

—¡Ah pícaro! exclamó el conde riyéndose. Lo habeis adivinado.

—¡Cómo, una querida, estando en vísperas de casarse!

—Estais graciosísimo con el casamiento, dijo el conde limpiándose con un pañuelo de batista los polvos que le habian caido en las pestañas; me casan dentro de tres dias, con una chica de doce años, muy rica, es verdad, que promete ser hermosa, segun me han dicho, y que va á habitar el pabellon de enfrente, hasta que llegue el tiempo de que pueda amarla. Respeto á la señorita de

Paradeze, y respetaré muchísimo á la señora condesa de Perbruck, pero no pienso hacer lo que esos hijos de familia, que se mueren de hambre aguardando á recoger la herencia de sus padres. Quiero vivir, y tomo prestado lo que necesito, solo que en la parte respectiva al amor, no es con usura. Margarita es la niña mas bella, mas enamorada, encantadora, y sencilla que puede darse. Figuraos una andaluza que sale del convento..... y de qué convento!, dijo el conde riendo á carcajadas. Es para morirse de risa..... es de lo mas original...

—Si, eh, dijo Fichet, riendo tambien con el gesto mas feo del mundo.

—Sí, mi futura se ha educado en el convento de Evron, con la...

—Con la... repitió Fichet.

—El diablo me lleve, dijo Cesario, si no me estás sonsacando.

—No hago mas que escuchar , señor conde.

—Y quién os ha dado permiso para eso señor Fichet ? Debeis tener orejas , pero no oídos.

—Soy sordo.

—Concluyamos , traedme mañana por la mañana mis quinientos luisés , y por la noche hago el rapto...

—Es imposible , señor conde , necesito tiempo para buscarlos ; porque la persona que suele prestarme se marcha dentro de unos días.

—Se marcha ! dijo el conde estupefacto... Será por ventura ?... Ah ! seria prodigioso.

Y empezó á reirse de nuevo.

—Será algun judío , no es verdad ?

—Ya os he dicho que es muy religioso.

—Eh ! tonto , lo mismo puede uno serlo celebrando el sábado que

el domingo.

—Es muy buen cristiano.

—Es padre de familia?

—No señor, contestó Fichet, con un movimiento demasiado natural para ser fingido. Ha corrido mil peligros por no casarse.

—De veras! Y no tiene algun hijo oculto?

—Oh! Eso sí que os puedo asegurar que no.

—Adios, mi novela! Hubiera sido singular tomar dinero prestado del padre para robarle la hija... Y á propósito; no has descubierto en la ciudad algun Lemaitre mas que los que me has dicho?

—Ninguno.

—Vamos, pronto se descubrirá todo.

—Sí, señor, todo se descubrirá y en la posicion en que os encontráis, puede que vuestro padre no os perdone, ni perdone á los que os hayan ayudado.

—Quisiera oír de su boca sermones de moralidad ; Gracioso sería que la echara de diablo predicador! Me parece que en esa parte seré siempre hijo indigno, que dejenera de sus antepasados.

—Ah! Aquellos eran otros tiempos. La corte del difunto Rey era muy alegre.

—Las proezas de mi padre no se concretaban á la corte, y por el mundo anda cierto Saturnino...

—¿Mi sobrino? dijo el viejo con alegría feroz.

—No, no, no me acordaba que pertenece á vuestra familia... me he equivocado. Mi padre no es capaz de comprometerse con la muger de su mayordomo: no se trata de vuestro sobrino, sino de otro...

—He oído decir que se parece tanto al señor conde, que pudiera pasar por...

—¿Por mí?.. ¡qué disparate! no tiene mala figura, pero eso es una

calumnia. Vamos, ¿cuando traereis los quinientos luises? Voy á firmarte un recibo de setecientos á tres meses fecha.

—Os repito que es preciso que vea á la persona, y ademas necesito saber...

—¿El qué?

—¿Si os casareis positivamente con la señora de Paradeze?

—A no ser que el cielo se desplome y me aplane, ó que ella se muera dentro de ocho dias, no veo obstáculos que puedan impedirlo.

—A pesar del rapto?

—¿Qué tiene que ver, señor Fichet? ¿Puede influir eso en los negocios graves? Una hora os concedo, despues por cada minuto de tardanza, os desquito dos luises de usura.

—Se lo diré á la persona que presta.

Fichet se retiró y el conde quedó solo.

Un momento despues de la partida de Fichet , salió el conde para ir al juego de pelota , que estaba en los alrededores de la plaza real, y cerca del barrio que hizo construir Mr. Grallin , cuyo nombre conserva.

Cesario bajó por el paseo de San Pedro , fue costeando los fosos del castillo , y tomó la calle que estaba casi enfrente. Iba á entrar en la plaza del Cambio , cuando oyó á lo lejos gritos tumultuosos. Como persona desocupada , trató de averiguar la causa , y le dijeron que iban á sacar á la vergüenza y á marcar , en la plaza de Bouffay á un aldeano condenado á galeras por haber cazado en vedado. Habia pasado ya la hora , y el público se impacientaba.

—Voy á ver qué gesto pone el ladrón cuando le tuesten el pellejo , dijo el conde. Cuando no tiene uno en qué distraerse , es preciso acep-

tar las distracciones que se presenten.

Tomó una calle lateral, y después de mil revueltas llegó á la plaza de Bouffay por donde estaba la antigua casa de moneda, que da frente al palacio. La plaza estaba llena de gente, y á duras penas pudo acercarse al sitio de la ejecución. Una agitación violenta reynaba en aquel gentío.

—Qué infamia, decía uno! Marcar á un hombre y condenarle á galeras porque ha matado una liebre!

—No importa..... no importa, decía otro cuyo rostro tenía una expresión de maldad feroz é implacable; esta injusticia, otras cuantas, y al fin todas darán su fruto.

—Y qué fruto será el que den, amigo, dijo el conde empujando con insolencia al que acababa de hablar.

—El fruto, contestó con tran-

quilidad Guillermo Poiré, pues era el jardinero de Mr. Lemaitre en persona, madurará tal vez en esta misma plaza.

—Y tú piensas recogerle?

—Nada de eso..... no señor..... Le dejarán florecer junto al patíbulo para que se alegren los ojos del pobre.

—Seria inútil que te colgasen así á ti, porque eres tan feo, que no puedes rejocijar á nadie.

Iba el conde á proseguir, pero observó que le miraban varias personas, que señalándole con el dedo hablaban con calor.

—Por qué me mirais así, truanes? les preguntó.

—Ja, ja, dijo Guillermo Poiré.

—Eres tú el encargado de responder por ellos?

—Y por qué no? Cuando se camina con paso firme se puede contestar con firmeza.

—Y qué tienes que contestar?

—Que esas buenas gentes se asombran de que el marques de Perbruk, venga á presenciar la ejecucion de un pobre diablo, á quien ha condenado su padre.

El jóven conde quedó sorprendido y disgustado por esta fatal casualidad, mas no obstante, trató, de disimular para que la canalla no advirtiera nada, y contestó con mas desprecio.

—Si mi padre ha condenado á ese villano, merecido lo tendrá.

—Tan verdad es eso dijo Guillermo como que el pobre Gerónimo, ha apuntado al señor marqués con la escopeta.

—Cómo? es Gerónimo Robertin, á quien van á marcar? dijo el conde con un sentimiento espontáneo de pesar.

—Si señor, replicó Guillermo con socarroneria, vuestro hermano de leche, el hijo de vuestra nodriza, un mozo que segun tengo enten-

dido os salvó la vida.

Cesario quedó anonadado, pintándose en su semblante la tristeza y el disgusto que experimentaba. Había oído hablar del asunto algunos meses antes en París, y había escrito á su padre, suplicándole que echase tierra al negocio, ó que no pidiese mas que un castigo leve. Este le habia contestado prometándole ser indulgente, y toda su indulgencia consistia en enviar á galeras al hermano de leche de su hijo... Hubiera dado cualquier cosa por salir de la posicion cruel en que se encontraba, pero no queria que pudiera creerse que se retiraba atemorizado por los murmullos que circulaban á su alrededor.

—¿Quereis mi sitio para verlo mejor? le dijo Guillermo; es muy agradable ver tostar las espaldas á un villano.

—Pues bien vienes tú á verlo.

—Eso prueba que no somos tan

bestias como se supone en casa de vuestro padre, pues tenemos vuestro mismo gusto.

— Los pícaros como tú hacen que sean severos los jueces.

— Cá, cá, los hombres como vuestro padre son los que hacen que seamos así.

— ¿Quieres callar? gritó el conde pálido de cólera.

Quiso replicar Guillermo, pero le rodearon dos ó tres trabajadores, y se le llevaron diciendo:

— Mira que el hijo será tan bueno como el padre, y puede costarte caro.

— Ojalá, contestó Guillermo, me alegraría recibir una bofetada de ese hidalgo... cuando llegase la ocasión me acordaría.

— Pardiez! tendrás lo que deseas, dijo el conde adelantándose hacia Guillermo, pero sus compañeros se lo llevaron violentamente, y solo pudo oír la última amenaza que

profirió.

—Venid, señor conde, pero os juro que antes de veinte y cuatro horas os habeis de arrepentir.

Al mismo tiempo se elevó un clamor universal; el gentío que poblaba la calle de la Moneda, refluyó á la plaza é hizo retroceder á Cesario, de suerte que perdió de vista á Guillermo.

—Alli está, miradle, gritaba la multitud.

La torre de Bouffay tenía en aquella época una escalera exterior que bajaba desde el piso principal á la plaza. Cesario volvió la cabeza, y vió sobre el ancho descanso á Gerónimo Robertin desnudo hasta la cintura. A su lado estaba un hombre de gran estatura que dió una orden á otro, el cual puso en el suelo un braserillo donde se calentaban los instrumentos del suplicio. Cesario no pudo ver mas, y aprovechándose de la distraccion

general, se abrió calle por entre la masa de gente. Sin embargo, por uno de esos movimientos involuntarios que hacen que el hombre vuelva á mirar el espectáculo que mas le horroriza, volvió otra vez la cabeza. En aquel momento el verdugo levantaba en alto el hierro hecho ascua, que iba á imprimir en la espalda del culpable. El conde se volvió, pero antes de que tuviera tiempo para alejarse, oyó, gracias al silencio feroz que reynaba, un ruido parecido al de una gota de agua cayendo sobre un hierro ardiendo, y despues un gran gemido y un grito general.

Quedaba concluido el negocio. Cesario huyó lleno de horror. Si hubiera estado entre los suyos se hubiera avergonzado del sentimiento que experimentaba, y hubiera procurado ocultarle bajo la apariencia del desprecio y de la crueldad, pero estaba solo, no necesitaba disimu-

lar, y en vez de ir al juego de pelota á reunirse con sus amigos, volvió triste y pensativo á casa de su padre. El ayuda de cámara le anunció al entrar que Mr. Fichet le estaba aguardando con los quinientos luises.

—¡Tanto mejor! me alegro, contestó como si le hubiera ocurrido de pronto una idea, y subiendo rápidamente á su cuarto.

Los quinientos luises estaban sobre la mesa y al lado el recibo que debía firmar. Hizo seña al criado de que los contara y guardara, y tomó una pluma para firmar; seguro de que contendría las mismas cláusulas que otros: pero parándose de repente miró á Fichet indignado, y con tono irritado le dijo:

—¿Qué es esto? ¿Qué significa esto? ¿Por qué no se fija un término como de costumbre?

—Señor conde, soy delegado de otro, y ha exigido que se redacte

el recibo en esos términos. He tenido que conformarme.

El conde leyó en alta voz todo el recibo.

«He recibido de Mr. Fichet la  
»cantidad de seiscientos luisas, que  
»me comprometo á devolverle dos  
»meses despues de mi enlace con la  
»señorita de Paradeze»

—¿Se figuran por ventura, dijo el conde con altivez, que necesito de los bienes de mi futura para pagar mis deudas?

—No señor, seguramente que no; pero los prestamistas suelen tener ideas originales, y ese particularmente las tiene. Le he visto prestar á un pobrete cien luisas sin mas garantía que su mala traza; y exigir las á ricos comerciantes.

—¡Hola! ¿con que tambien esos señores del barrio Graslin y de la isla de Feydeau tienen que someterse á vuestra rapacidad? Y luego dicen que los nobles acaban con sus

fortunas por esos préstamos? Pero yo no soy como ellos, no me gusta que me impongan la ley; estendedme un recibo como de costumbre, ó llevaos vuestros quinientos luis.

—¿Qué inconveniente teneis en firmar este?

—Ninguno; me dá mas tiempo del que deseaba, pero me disgusta.

—En ese caso me retiro, pues no está en mi mano el remediarlo.

—Andad con Dios.

El ayuda de cámara devolvió á Fichet el dinero, quien mientras lo contaba, dijo al conde:

—¿Con qué renuuciais al rapto?

—Veremos. Cuenta el dinero que me queda, dijo Cesario á su ayuda de cámara.

—Ochenta luis.

—El conde cogió la pluma con mal humor, y dijo á su ayuda de cámara:

—Entregad cien luises á Gerónimo Robertin. Como no fuera por esto, añadió dirigiéndose á Fichet, no firmaria, pues sin saber por qué me repugna ese recibo, pero no quiero abandonar á ese desgraciado, y le libraré de que se repita el castigo por cuantos medios estén á mi alcance.

Firmó el recibo, se le tiró á Fichet, y se fué á ver á su madre.

La marquesa de Perbruck, muger de cuarenta y cinco años, habia sido célebre por su gracia y su belleza; pero en el dia era una fantasma pálida y triste como la muerte. Su hijo la besó la mano respetuosamente, y despues la dijo:

—Vengo á pedir os un favor.

—Habla, hijo mio.

—He sido testigo esta mañana por casualidad, de un espectáculo horrendo. Me encontré en la plaza de Bouffay cuando marcaban al pobre

Gerónimo Robertin.

— ¡ Ah! exclamó Mad. de Perbruck con un tono de triunfo que asombró á Cesario.

— Y confieso que me ha parecido demasiado severo el castigo para el crimen que ha cometido.

La marquesa le miró con benevolencia, pero no respondió.

— Pero, añadió Cesario, no sería posible que el castigo se limitase á la egecucion de hoy?

— Solo el Rey puede conmutar la pena.

— Lo sé, y si tuviese algun derecho al favor de S. M. le pediria esa gracia; pero no tengo ninguno, y como á vos os conoce y aprecia, no os sería difícil obtenerla.

— No puedo pedirla, respondió con tono triste y glacial.

— No podeis?

— No, hijo mio, no puedo. Te atreverías á pedirla tú aunque estuvieses seguro de conseguirla? aña-

dió viendo la sorpresa de Cesario.

—Pues no me habia de atrever? Y me atreveré aunque no tenga título ninguno para pedirla, pues el implorar la clemencia del Rey en favor de un desgraciado, es suficiente para un soberano justo y benévolo.

Un estremecimiento de alegría comovió á Madama de Perbruck, y sus ojos acariciaron á su hijo, al oirle espresarse en estos términos, pero su voz no reveló la satisfaccion que habia experimentado.

—Mira lo que haces, eso seria decir á S. M. que tu padre es un hombre cruel, implacable..... y aun peor, porque, añadió bajando la voz, ó es cierto que Gerónimo le ha apuntado con la escopeta, en cuyo caso es justo el castigo, ó es...

Cesario miró á su madre con atencion y repitió lentamente sus palabras.

—O es... ¿ó es dudoso?

—No puede serlo, tu padre lo ha afirmado delante de los jueces.

—Bajo su palabra de honor?

—Lo ha jurado delante de Dios.

Cesario calló, porque habia comprendido á su madre.

Al cabo de un rato la dijo:—Os parece que hable á mi padre?

—Puedes probar.

—¿No acostumbra á venir á estas horas?

—Si.

—¿Me permitis que os hable aqui?

—No tengo inconveniente.

Un momento despues entró el marqués de Perbruck. Era un hombre cuadrado, de aire ordinario, frente aplastada, y cara de vinagre; pero tenia esa superioridad que da la costumbre del poder y un carácter inflexible.

Saludó con respeto á su muger y contestó con frialdad á su hijo. Este se acercó y le dijo:

— Justamente estaba hablando con mi madre de un asunto que me interesa mucho.

— ¿De tu boda sin duda?

— No señor ; la decia que habia presenciado casualmente el suplicio de Gerónimo Robertin...

— ¡Qué ! ¿ Vas á ver esas porque-rias ?...

— Y la manifestaba que deseaba interceder por el pobre...

— ¿ Y qué ha opinado la señora marquesa?

El modo con que su padre le interrumpió , hizo conocer á Cesario que habia tocado una cuestion mas peligrosa de lo que pensaba, y trató de atraer sobre si la tempestad ; con este fin contestó:

— Me decia que Gerónimo habia sido castigado con justicia , y que solo vos podiais perdonar.

— ¡ Ah ! Te decia eso. ¿ Y cómo pretendes que se revoque una sentencia justa?

—Gerónimo es hermano de leche mio.

—Si es motivo para que te interesares por él, debió serlo para que me respetara.

—La indulgencia es tanto mas meritoria, cuanto mas culpable es aquel con quien se ejerce.

—Y al decirte que yo solo podia poner en práctica esa virtud, sin duda te han dado á entender que carecia de ella, dijo el marqués dirigiendo á su muger una irónica mirada.

—Ah! ¡padre!

—Y han tenido razon, pues no pienso librar á ese miserable de la pena en que ha incurrido.

—Perdonadme, padre mio, insistió Cesario; pero si hubieseis oido como yo las maldiciones del pueblo.....

—Y tú las ha sufrido? ¡Ah! Hacen bien los villanos en insultar á los nobles y en despreciarlos! Có-

mo han de respetar sus derechos, si ellos los abandonan cobardemente...

—No permito, replicó Cesario con dignidad, que nadie ultraje el nombre que llevo; pero no puedo evitar el oír quejas justas, hijas de un rigor excesivo que está en contradicción con las opiniones de nuestra época.

—Has pasado el tiempo en París, tratando con los filósofos? ¿A qué nos vienes á hablar de murmullos populares y de opiniones de la época? Esos murmullos deben ahogarse y aniquilar esas opiniones. No soy nada en el Estado para influir sobre ese particular, pero en el círculo que me rodea, perseguiré sin tregua y sin piedad toda tentativa contra mis derechos. Esta es mi opinión y mi voluntad, lo oyes.

La marquesa impasible durante este diálogo, no pronunció una palabra, su hijo la saludó para reti-

rarse, y ella le alargó la mano, que el besó respetuosamente, y sintió contra su costumbre, que la trémula mano de su madre le estrechaba la suya como diciéndole:

—¿Te parece hijo mio, que habré sido feliz?

Salió el conde del aposento de su madre y subió al suyo con rapidez. Estaba el ayuda de cámara contando los cien luises que le habia mandado llevar á Gerónimo.

—Deja eso, le dijo Cesario. Es menester salvar á Gerónimo, es preciso que esta noche se le ponga en libertad.

El ayuda de cámara se quedó inmóvil.

—¿No ibas á entregarle ese dinero?

—Si señor.

—¿Por qué medio pensabas conseguirlo?

—Preguntando por él de parte del señor conde y entregándole el

dinero aunque fuera delante del alcaide.

—Buena la bubieras hecho! No se ha de saber quien le salva; inventa alguna cosa...

Los Scapins no son tan comunes en la sociedad, y el criado del conde de Perbruck quedó confuso con la orden de su amo.

—Eres un asno: pero ya que no sepas inventar, sabe al menos callar sino quieres que te rompa las costillas. Ahora, dime donde vive ese Fichet que estuvo aqui esta mañana.

—Yendo hácia Barbins, en una casita...

—Ya me acuerdo, dijo el coude y salió.

Como nuestros lectores habrán podido juzgar, el coude Cesario de Perbruck, aunque jóven petulante y presumido, era valiente y de talento, si bien tenia una buena dosis de las preocupaciones de la no-

bleza. Habiera reconocido los derechos populares en una cuestion política, pero por nada en el mundo se hubiera rebajado á casarse con una plebeya, aun que hubiese sido poderosa. Humano, porque no tenia resentimientos que vengar, si hubieran herido su orgullo, se habria vuelto feroz.

Asi es que el mismo hombre que iba á salvar á Gerónimo porque le creia víctima de una venganza de su padre, hubiera atravesado á Guillermo Poiré con su espada, por la menor insolencia. Inconstante y relajado con las mugeres que no pertenecian á su clase, respetaba con religiosidad los vínculos de familia, y si hubiese creido su honor y su nombre comprometidos, no habria transigido con lo que consideraba como un deber; pero estos deberes no existian segun él mas que para con los suyos. Habia en fin en este jóven algunos de los vi-

cios que hicieron odiosa á la nobleza, y prendas propias de un corazón generoso.

Como muchos, hacia ostentacion de defectos que no tenia, y aparentaba una indiferencia que le parecia una necesidad de su rango y de su edad. Capaz de sentir un amor grande y poderoso, habia convertido por estudio todas sus pasiones, en galanterias pasajeras. Contraia deudas sin necesidad, comprendiendo que eran ruinosas, porque creia que un jóven de su categoría debia conocer á los usureros; pero como hemos visto sabia tratarlos como merecian, y no estaba en el caso de consentir que le impusiesen la ley.

Algunas veces, aunque pocas, pensó que los caballeros de su época estaban reducidos á un papel insignificante y envidiando la suerte de los que habian seguido á Lafayette á América, ó de los que com-

batian en la India contra el poderio inglés, quiso unirse á ellos; pero su padre se opuso seriamente. Desauciado por este lado, se unió á los que preconizaban la filosofía; pero estas ideas fueron momentáneas en él, haciendo los placeres y aventuras, que las olvidara muy pronto. No obstante, estas tentativas probaban, que tal vez no se necesitaba mas que una circunstancia favorable para que el atrevido galán que miraba con desden á los hombres, y que tan bien hacia la corte á las damas, se convirtiera en un hombre formal y respetable.

En breve llegó el conde á casa de Fichet, que vivia solo: daba aquella por un lado al campo y por otro al paseo que está á las orillas del Endre: el conde llamó dos ó tres veces sin obtener contestacion, hasta que al cabo de un rato vió asomarse á Fichet por un postigo,

para ver quién era el importuno que venia á turbar su soledad. Fichet quiso retirarse, pero el conde le atisbó y le dijo:

— ¡Eh! señor Fichet, vengo á haceros gauar cien luises.

— Sin embargo, Fichet tardó en abrir y en este tiempo pareció á Cesario oír pasos que iban y venian y cuchicheos. Ya iba á llamar otra vez con mas violencia cuando abrieron.

Fichet introdujo al jóven conde en una sala baja.

— Tengo que hablaros de cosas que nadie debe oír, dijo el conde á Fichet; así, pues, si hay alguien por aquí decidle que tenga la bondad de retirarse, y si por casualidad es vuestro misterioso cólega el usurero, cerraré los ojos para no verle pasar.

— No hay nadie en casa, señor conde, podeis hablar con confianza...

—Bien está, respondió Cesario con su acostumbrada indiferencia; habeis nacido en Nantes, y como nunca habeis salido de este pueblo y toda vuestra familia es de él, debeis conocer á todo el mundo.

Fichet, que procuraba reservarse siempre una salida que pudiera proporcionarle una retirada honrosa si el negocio que le proponian no le convenia, contestó:

—Vivo muy retirado, pero tengo amigos que están bien relacionados.

—Pues bien, entre esos amigos no teneis alguno que sea espia de la policia, carcelero, ó cosa semejante?

Fichet se estremeció y se quedó pálido como un cadáver al oir esta pregunta. El conde lo notó y se apresuró á decirle:

—No trato de humillaros, figurándome que teneis tales amigos, pero podeis haber necesitado de

esas gentes, como me sucede á mi ahora.

—Lo siento mucho, siento mucho no poder servirlos, replicó Fichet, dirigiendo á todos lados miradas azoradas; pero no conozco á nadie, á nadie absolutamente de esas gentes. No puedo...

Al llegar aquí, fijó la vista en un cuadro viejo colgado en un rincón, y se detuvo.

—Ahora me acuerdo que tal vez encontraré uno que sirva... Cesario que le observaba atentamente se echó á reír.

—Apuesto á que debeis ser pariente ó amigo de esa figura venerable que está ahí colgada, pues segun parece la debemos el feliz recuerdo que habeis tenido. Veamos, añadió el conde alzando la voz, preguntadle que si por la cantidad voy á entregaros en el acto, se encargará el tal de que esta noche se abran las puertas de la prision de Bouffay.

—¿ Para quién ? preguntó Fichet asombrado al ver el giro que tomaba una cuestion que tanto le habia alarmado.

— Para Gerónimo Robertin , respondió el conde.

— Fichet consultó sin escrúpulo la cara del retrato , y sin duda la respuesta debió ser favorable , pues respondió al momento.

— Se abrirán , señor conde , se abrirán.

— ¿ Esta noche ? preguntó Cesario.

Fichet titubeó , volvió á mirar al lienzo , y luego dijo:

— Esta noche no , mañana.

— Mañana tengo que hacer.

— Pues no puede ser hasta mañana á las ocho.

— Pues bien , á las ocho. Yo mismo esperaré á Gerónimo en la esquina de la calle de la Moneda , y entregaré la cantidad convenida á la persona que le acompañe , sea

quien sea.

— Convenido.

— Ya sabeis que soy hombre de palabra, dijo el conde en voz alta, para que le oyera la persona que suponía que había asistido invisible á su conferencia. Mis promesas son sagradas, y las cumplo con tanta exactitud como pago mis deudas. Cuento con vos y con vuestro amigo.

Deseando evitar el volver á pasar por un barrio tan malo, tomó Cesario al salir una callejuela que iba al campo; al llegar á cierta distancia se paró, y volviéndose para examinar la casa de Fichet por detras, vió salir á un hombre alto y vestido como los habitantes mas pobres del Bocage.

— Ese debe ser mi cómplice, dijo el conde, y continuó su camino sin volver á pensar en este incidente.

El dia siguiente á las ocho de la noche, empezaba á anochecer,

cuando llegó á la calle de la Moneda un coche vacío guiado por un cochero cubierto con un gran carrick. Sin duda esperaba á alguno; pero la impaciencia con que lo hacia demostraba que no estaba acostumbrado á esperar.

Al mismo tiempo un rico reloj guarnecido de diamantes, que sacaba á cada instante indicaba que no era cochero de profesion. Afortunadamente no pasó por allí ningun curioso de esos que observan con atencion cuanto ven; y á las ocho y cuarto recibió el conde de Perpruck de manos de un desconocido á Gerónimo Robertin. El desconocido se retiró sin recibir los cien luises prometidos.

—Dareis eso á Fichet; fue lo único que tuvo tiempo para decir el incógnito.

Gerónimo Robertin temblando como un azogado y sin poder separar la vista del que con tanta pre-

cipitacion les dejaba, decia:

—El: y los dientes le castañeteaban de miedo.

—Yo soy, le dijo el conde, metiéndole en el coche, ¿no me conoces?

Gerónimo no le oyó, y Cesario cerró la portesuela y volvió á subir en el pescante, antes que el pobre Gerónimo volviera de su terror.

El conde condujo el coche fuera de la ciudad, descontento de su expedicion, y preguntándose á sí mismo si un hombre que perdía la razon tan fácilmente, podría serle útil en la empresa que iba á acometer: una vez fuera de la ciudad detuvo el coche, se bajó del asiento, abrió la portezuela y dijo á Gerónimo.

—Ah! sois vos quien ha venido á librarme! exclamó el pobre aldeano cayendo de rodillas delante de su amo.

—No me has conocido cuando te hice subir al coche?

—Al pronto no señor, dijo Gerónimo no pudiendo dominar su alegría así como no había podido dominar su terror; hasta que ví que no me llevaban á ningun calabozo para martirizarme, y que me eucontraba dentro de un coche, no recordé que me habiais dicho «Soy yo» y entonces fué cuando me pareció que había visto la cara y oído la voz del señor conde.

—Collon! le dijo el conde sonriéndose.

—Es que el que me ha sacado de la cárcel!.... y el miedo volvió á apoderarse de él.

—Luego me contarás eso, escucha: ¿puedo contar con tu fidelidad y discrecion?

Gerónimo no contestó.

—Necesito un criado leal y callado, ¿estás pronto á hacer lo que te pida?

Gerónimo bajó la cabeza y contestó con acento lúgubre y desesperado:

— Si necesitais de un perro que vaya y venga, y que muerda si fuese necesario disponed de mí. Pero en cuanto á ser criado vuestro añadió llorando, lo hubiera sido ayer, porque aun era hombre, mas ahora que el verdugo me ha señalado no soy hombre ni soy nada, ni aun perro, porque, á un perro se le da pan cuando tiene hambre, y á mí me arrojarían como á un perro rabioso si me atreviese á presentarme en cualquier parte.

— Vamos, vamos, no pienses eso; es una desgracia, pero cuando la conciencia está tranquila, ¿qué importa una cicatriz mas ó menos en la espalda?

— ¿Qué importa, señor conde? ¿Qué importa estar marcado como ladron? ¡Ab! no sabeis ni podeis saber lo que sentí cuando chilló la

carne bajo el hierro hecho ascua! No fué la quemadura, que otras he tenido, cuando salvé en Guerande una niña de un fuego, sino el decir: ¡Ya no soy Gerónimo Robertin, no soy mas que un presidario! ¡Ah! Vuestro padre ha sido muy cruel!

—Calla, calla, lo hecho no tiene remedio; yo te he salvado y seguiré protegiendote, pero dime si puedo contar contigo.

—Para todo.

—Pues bien, ponte este carrick, esta peluca y este sombrero, y llévame junto al camino que va al cementerio.

Gerónimo se puso el disfraz del conde, mientras este se vestia con la ropa que llevaba en el coche.

—Me esperarás hasta que vuelva; probablemente volveré con una muger; subiremos al coche y nos llevarás al castillo de Vinchon que me dejó mi tia, donde no te conocen, y te quedarás oculto con la

dama, hasta que pueda llevaros á Paris, donde no es fácil os descubran.

—¿Vais á robar alguna jóven?...  
¿Y no teneis miedo?

—Miedo, ¿de qué?

—Las leyes son tan temibles!

El conde calló, porque no quiso decirle que solo lo eran para infelices como él, pero al cabo de un momento le dijo:

—Ya ves que pueden eludirse.  
¿Estás enterado? añadió.

—Si señor, y si hay algun peligro, podeis llamarme que ya no tengo miedo.

Subió el conde al coche, y despues de una gran vuelta llegaron al sitio que habia designado á Gerónimo. En aquel momento daban las nueve en el reloj de los Oratorianos. La noche estaba muy oscura y el campo desierto.

—Llegamos antes de tiempo, Margarita tiene luz todavia, sin duda

no se han acostado aun.

El conde esperaba dentro del coche y Gerónimo al pie de la portezuela.

—Ahora que estas libre y que no necesitas mentir, cuéntame lo que ha pasado entre mi padre y tú, dijo Cesario dirigiéndose á Gerónimo con ánimo de entretener el tiempo.

—¿Quereis que os diga la verdad como si estuviera delante de Dios?

—Sí, díla.

—Es dura para dicha y aun mas para oída.

—No importa, halla, habla.

---

Antes de pasar adelante nos parece oportuno decir algo sobre la familia de Gerónimo, pues ocupa un lugar muy importante en nuestra historia, y en la memoria de

los que vivieron en Bretaña , para que no tratemos de evitar la confusion que resultaria , al encontrarse con personages distintos llevando el apellido de Robertin.

En la época en que empieza nuestra narracion , habia tres hermanos que se llamaban Robertin. El mayor , colono de Perbruck , vivia cerca del Machecoul , y tenia tres hijos ; Gerónimo , Pablo y Mariole , causa de la desgracia de Gerónimo. El otro Robertin , colono tambien de Perbruck , habitaba en el Blain , y tenia seis hijos , que hallaremos en el transcurso de esta narracion , en el momento en que se mezclen al destino de aquellos cuya historia contamos. Estos dos hermanos habian permanecido fieles servidores de la antigua familia de Perbruck ; seguian labrando la tierra que cultivaron sus abuelos , y eran el tipo de aquellos trabajadores honrados que la guerra civil convir-

tió mas tarde en héroes. El tercero, habiendo abandonado la vida apacible del aldeano breton, se dedicó al comercio de granos. Poco á poco identificó sus costumbres con las de las gentes de la ciudad, y se estableció en Nantes. Era viudo y tenia una hija llamada Rosa, cuya abnegacion y heroismo oi ponderar mucho en mi infancia.

Tenemos, pues, tres Robertin: el de Machecoul con sus dos hijos Gerónimo y Pablo y su hija Mariole: el de Blain, con sus seis mocetones; y el de Nantes con su hija Rosa.

Hecha esta aclaracion, dejemos hablar á Gerónimo, hijo mayor del Robertin de Machecout.

—Hace tres meses, que me dijo mi padre, era la vispera del día en que debia casarse mi hermana Mariole.

— «¿Qué nos darás, muchacho, para la comida de boda de tu her-

mana?»

—No tenia dinero y tuve un mal pensamiento.

—«Les daré una cosa buena, dije. El señor marqués no está en Nantes, y hace tan poco caso de la caza, que los conejos bajan á las llanuras y se comen las cosechas. El señor conde está en Versalles cazando con el Rey... Un conejo mas ó menos no le arruinará, y alegrará la boda... y diciendo esto cogí la escopeta.

—Juro por Dios y por mi alma, si es que aun me queda alma y derecho para creer en Dios, que era la primera vez que iba á cazar furtivamente. Dos veces me detuve para volverme, pero habia dicho á mi hermana que la regalaria una cosa buena, y no queria que se riesen de mí si volvía con las manos vacias. Llego, pues, al bosque, y veo pasar uno, dos, tres conejos... cuando os he acompañado á

caza, me habeis permitido tirar dos ó tres veces, y bien sabeis que en apuntando á la pieza no tiene remedio, alli se queda; pues ese dia temblaba como la hoja en el árbol, y no me atrevia á apuntar; cuando veo pasar una magnífica liebre al otro lado del camino de la Cruz; la tiro, la veo caer y me abalanzo á cogerla, pero me detiene un latigazo en la cara que me hizo brotar sangre. Me quedé tan aturdido que tuve lugar de conocer al señor marqués antes de arrojarme sobre él, ó de romper la escopeta en su cabeza, como hubiera hecho con cualquiera otro.

—¿Te pegó mi padre antes de que le conocieras?

—Si señor, y lo juro delante de Dios. Habia llegado á la quinta al anochecer, y se dirigia lentamente á la cabaña por un sendero, con su perro Ravineau. Si el pobre animal pudiese hablar, lo diria, se-

ñor. Asi que le conocí, me eché á sus pies contándole lo que habia pasado, y él sin respouderme me dijo.

—¿Con qué se casa tu hermana positivamente?

— Si, señor marqués.

—Pues bien, ven conmigo á la cabaña.

—Y le seguí creyendo que me llevaba para que mi padre me die-  
ra un buen regaño, y me daba el  
parabien por quedar salvo á tan po-  
ca costa. Llegábamos á la orilla del  
charco cuando encontramos á Bel-  
tran, el guarda-bosque que estaba  
en acecho, por el tiro que habia  
oido.

—Ata á ese mozo, le dijo el se-  
ñor marqués; y llévale á la quin-  
ta, á esperar órdenes.

—Seguí á Bertran, no volví á  
ver al marqués, y el dia siguien-  
te me entregaron á dos guardas,  
que me llevaron á Nantes.

El conde, que sabia que tendria que esperar lo menos una hora antes de entrar en casa de Margarita, escuchaba á Gerónimo con grande atencion.

—¿Con que no amenazaste á mi padre?

—¿Cómo le habia de amenazar, siendo culpable, y cuando le pedia perdon?

—¿No le apuntaste para disparar sobre él?

—¡Disparar contra mi señor! ¿Es posible eso? ¿Puede un aldeano matar á un caballero?

—Sin embargo, mi padre lo ha dicho, dijo el conde como hablando consigo mismo.

—¡Ah! sí, lo ha dicho por que...

—¿Por qué?

—¡Ah señor! No debeis oírlo ni yo decirlo.

El conde respetó la delicadeza del pobre Gerónimo, pero al ca-

bo de un momento repuso.

—¿Se casó tu hermana al día siguiente?

—Sí, señor, al día siguiente, y todavía con la flor de azahar en la cabeza... mi padre se empeñó... para que no digeran...

Gerónimo se detuvo, pero repitió con mas viveza:

—Sí, señor, sí, se casó.

—¿La has visto alguna vez, durante los tres meses que has estado preso?

—Vino una vez, con su marido, Silvestre Landais..... Pobre Mariolle!..... casi me pidió perdon, por no haber conseguido el mio, aunque le habian pedido mi padre, mi hermano, mi tio el de Nantes, y el de Blain con sus hijos. Todos vinieron; hasta Mariolle, y todos se arrodillaron delante del marqués, en la gran sala del palacio, llorando, y besándole los pies; hasta Ravineau ahullaba y le miraba,

pero todo fue inútil. Vuestro padre habia dicho á Mariole lo que queria, y ella no quiso... En fin, he sufrido su crueldad, no me hagais decir mas.

Dieron las nueve y media. Un ruido que oyó el conde le hizo sacar la cabeza y preguntar á Gerónimo:

—Has oido alguna cosa?

—Dios mio será la justicia que me persigue!

—Vuelves á tener miedo? Te creia mas valiente.

—Ay señor conde, no sabeis lo que es encontrarse cara á cara con ciertas personas...

—La del hombre que te ha sacado de la prision, por ejemplo.

—No le nombreis, señor! y un temblor convulsivo agitó todos sus miembros.

—Pues quién era?

—Era... era.

—Calla! le interrumpió el con-

de , se ha apagado la luz. Adios , espérame y no tengas miedo.

Ya habia dado algunos pasos, cuando Gerónimo le llamó para darle la espada que se habia dejado dentro del coche. El conde titubeó, y al fin no se atrevió á recibirla de su mano.

— No tengo que matar á nadie, dijo , y llevo en el bolsillo un arma mas á propósito , para hacer callar á una criada , mal dormida.

En seguida se alejó , atravesó una gran pradera , y llegó á la puerta por donde acostumbraba á entrar para ver á Margarita.

— —

No extrañó Cesario el que se hallase la puerta abierta , pues creia que Margarita estaria esperándole. Fue hasta el banco donde acostumbraba á sentarse y no la encontró; esto le sobresaltó y pensó que hu-

biera sido mejor llevar la espada, pero se avergonzó de su miedo y llegó hasta la escalera; subió, halló la puerta entornada, la abrió y entró de puntillas en la habitación.

Apenas hubo dado algunos pasos en el corredor, se cerró la puerta de golpe. Reynaba la mas profunda oscuridad, y no supo si la habian cerrado espresamente, ó si se habia cerrado por su propio peso. Acometido de un impulso de terror involuntario, se detuvo para escuchar; pero en la casa reynaba el mas profundo silencio. Margarita que debia haber oido el golpe de la puerta, no se presentó. ¿Estaria en el jardin y no le habria visto? Decidido á volver al jardin se acercaba á la puerta, pero una mano invisible dió dos vueltas á la llave.

Ya no podia dudar que habia caido en un lazo. Pero lo que hacia

la posicion del conde mas terrible y alarmante era la oscuridad que le rodeaba; al fin se decidió á hablar y dijo con voz firme:

—Si quieren la bolsa no necesitan tomarse tanta molestia, porque yo mismo la daré; pero si quieren atentar contra mi vida, les ha de costar muy caro, pues á una voz que de acudirá en mi auxilio, y estoy ademas armado.

—Yo tambien estoy armado, contestó una voz grave, y en medio de esta oscuridad nos podemos herir siu querer, Margarita trae una luz.

Pálida, trémula y desgredada, se presentó á esta voz la pobre jóven, en lo alto de la escalera, sin fuerzas casi para sostener la vela que llevaba en la mano. Bajó, y á una seña de su padre entró en el comedor que estaba enfrente de la sala principal, y que se comunicaba con la cocina por una puerta pequeña.

—Tened la bondad de entrar, señor conde, dijo Mr. Lemaitre.

—Con mucho gusto, respondió este, observando la estatura colosal y la figura siniestra de Lemaitre.

Cesario tuvo miedo de este hombre, como se tiene á toda persona á quien hemos conocido en un dia fatal, ó que se nos ha presentado en un sueño terrible.

Entró en el comedor donde Margarita estaba de pié, mas pálida que un cadáver.

Esto probó á Cesario que la jóven no era cómplice de su padre, y que ambos habian caido en la misma red.

Luego que pasó la primera emocion, recobró Cesario alguna serenidad y dijo para sí:

«Esto me costará mil luises; Fichet, se encargará de buscarlos»

Mr. de Lemaitre se sentó y señalando una silla al conde, dijo á Margarita:

—Dí á este caballero quien soy.

Es mi padre, respondió Margarita con voz tan débil, como si hubiera estado próxima á espirar.

—¿Mr. Lemaitre de Hamburgo? ó Mr. Dumont de Savenay? preguntó el conde con desprecio.

Mr. Lemaitre miró á su hija, que cayó aterrada sobre una silla sin poder sostener la mirada de su padre.

—Poco importa que sea Mr. Lemaitre ó Dumont, pero soy su padre; y esto me da derecho para conocer vuestras intenciones.

—No trato de medir mis palabras, dijo el conde, pues nada me prueba que seais el padre de esta señorita, ni aun su aserto, si se atiende á que no la creo muy segura de la validez de vuestra pretension. No obstante, quiero reconocer por tal en este momento, y por lo tanto os concedo el derecho de interrogarme, reservándome yo el de no

responder cuando me convenga.

—Ya domaremos esa arrogancia, señor conde, á otros mas atrevidos los he hecho hablar...

Mr. Lemaitre estaba desarmado y no aparentaba querer hacer uso de la violencia para obtener lo que deseaba, sin embargo, un frio mortal se apoderó de Cesario al oír su amenaza, y miró á todos lados como si temiera que fuesen á encadenarle seres invisibles.

—Quereis decirme, cómo os habéis introducido en esta casa?

—No os lo ha contado vuestra hija? El estado en que la veo me hace suponer que habreis empleado con ella, ese medio poderoso de hacer hablar con que me amenazais.

Una contraccion violenta alteró el semblante de Lemaitre.

—Cuidado! dijo, con las chanzas. Cuidado conmigo, porque puede que no se tarde mucho sin que imploreis mi compasion de rodillas!

—Si sois un asesino, podeis ejercer el oficio conmigo, pues tengo en el bolsillo quinientos luises, que tal vez os harán falta.

Lemaitre sacó un papel y se le alargó al conde.

—Serán, le dijo, los que os ha prestado Fichet, y de los cuales habeis prometido ciento al libertador de vuestro hermano de leche; aqui está el recibo y podeis romperle, porque no necesito ese dinero, señor conde.

Cesario creyó que soñaba: la loca suposición de que tomaba dinero á préstamo del padre para robar á la hija, era ahora una realidad; pero el chasco no era tan divertido como se habia imaginado. Mordióse los labios y despues de un rato contestó:

—Yo tampoco necesito de la generosidad de Mr. Lemaitre.

—Rompedlo porque no podreis cumplir ninguno de los compromi-

sos que espresa.

—Estais loco! contestó Cesario, que no pensaba en aquel momento en los términos en que estaba concebida la obligacion que habia firmado.

—Vamos á ver, añadió Lemaitre, poniéndosela delante; es esto lo que habeis firmado esta mañana?

—Eso es, dijo Cesario, que comprendió al fin el peligro que le amenazaba.

—Y piensais cumplir todas las cláusulas que encierra?

El conde reflexionó un momento y conoció que podia salvarle un subterfugio, pero tuvo á menos recurrir á una mentira, y mas que todo vergüenza de que se creyera que cedia por temor: por lo mismo respondió:

—Sí señor.

—Margarita, no querias creerme, pues mira lo que ha firmado esta mañana, y ahora asegura que

lo cumplirá.

La pobre jóven tomó el papel, le leyó, y se le cayó de las manos, exclamando:

—Con qué es verdad!

—Si, Margarita, sí, el señor conde de Perbruck, devolverá á Lemaitre, dos meses despues de su casamiento con otra, el dinero que le ha prestado para robar á su hija.

—Con qué es verdad? exclamó Margarita dirigiéndose al conde con el acento de la desesperacion.

Lo que al conde le habia parecido una chanza graciosa, se convertia en una tragedia terrible, y no tuvo valor para responder á Margarita; pero Lemaitre se levantó y con una tranquilidad mas aterradorá que un vehemente furor, le dijo:

—Señor conde; pasasteis un dia á caballo por aqui, y visteis asomada á una ventana una jóven que

os pareció bonita. Hacia ocho dias que habiais llegado á Nantes, y todavía no habiais podido reemplazar los amores que dejabais en París y en Versailles; y como debiais casaros en el término de ocho dias, no podiais contraer relaciones públicas, que cuando menos os hubieran atraído reconvenciones fastidiosas. Entonces pensasteis que no podiais hacer cosa mejor que dirigiros á esa jóven que un padre ó un marido celoso, ocultaba á todas las miradas: volvisteis, pues, y creyendo que el fastidio os ayudaría eficazmente, la proporcionasteis la ocupacion de ver pasear á un jóven elegante por debajo de sus ventanas.

No pudiendo resistir el conde que le trataran como á un mozalvete, y no teniendo otra salida, contestó una impertinencia.

—En verdad que formais cuentos morales con tanta perfeccion que

vais á dejar atras á Marinonte.

—Muy bien dicho , caballero, contestó Lemaitre, con tono zumbon : ahora continuaré: concluidos estos preparativos arrojasteis á la plaza declaraciones y billetes incendiarios ; hasta que os apoderasteis de la fortaleza y entrastes en ella usando de todos los derechos de un conquistador.

—Caballero dijo el conde con firmeza , vuestras suposiciones...

—Mirad á la culpable.

Margarita estaba con la cabeza oculta entre las manos. El conde al verla dijo entre sí con despecho:

— La tonta ! ; Lo ha confesado todo!

—Esa ha sido la suerte que le habeis reservado en esta aventura, ahora voy á deciros las condiciones que os impongo. Sabedor de vuestras visitas , os he hecho seguir , os he oido y os digo que sois

un miserable.

—Caballero!... gritó el conde enfurecido.

—Habeis seducido á una pobre jóven que no tenia quien la aconsejara ni la protegiera, porque no tenia madre, y la habeis seducido no solo con su amor, sino con mentiras y juramentos falsos. No se ha entregado ella como querida, sino como esposa, fiada en la palabra de un caballero, porque ignoraba que uno de los privilegios de la nobleza es el faltar á sus palabras. La desgraciada os creia, y el mismo dia en que la jurabais por vuestro honor tomarla por esposa, firmabais aqui, en este papel, la resolucion de casaros con otra... ¡Señor conde de Perbruck!!! ¿Si no sois un miserable quereis decirme lo qué es?

—Acabemos, ya sé todo lo que podeis decirme. ¿Qué es lo que quereis?

—Quiero que os comprometais solemnemente á casaros con mi hija!

—No acostumbro á ceder á las amenazas; ademas ¿quien sois para exigir una reparacion semejante?

—Quién soy?..... dijo Lemaitre con una risotada espantosa.

—Luego repuso mas sereno; si fueseis un hombre honrado, pero desgraciado, ¿os casariais con Margarita?.....

La posicion del conde era espantosa. La presencia de Margarita le retraia de pronunciar en alta voz el no, que estaba en su corazon, no por faltar á sus juramentos, sino porque sentia tener que herir sin piedad á la infeliz que habia tenido fé en él.

Su proceder para con ella le parecia tan natural, que al dia siguiente le hubiera empleado con otra; segun sus ideas la promesa

de matrimonio era arma permitida de la seducción, y la que se dejaba engañar con este ardid, era demasiado tonta ó poca virtuosa para que mereciese una reparación; pero verla, presenciar su dolor y desesperación, y tener la insolencia de decirle que se había burlado de su credulidad, le parecía una crueldad indigna de un caballero.

Sin embargo, era preciso escoger entre mentir, lo que era una cobardía, ó rehusar, que era una brutalidad odiosa. Creyó poder salir de este conflicto pidiendo al padre que mandara retirar á su hija; pero Margarita se levantó antes de que su padre manifestara su voluntad, y con la resolución de una persona desesperada, dijo:

—Me quedo, porque es menester que yo lo sepa todo.

—Pues bien! exclamó Cesario arrastrado á su vez por la situación violenta en que se encontraba:

—No me casaría!

— — —

Un grito de desesperacion de Margarita y un grito de furor de Lemaitre, respondieron á la declaracion de Cesario. Un silencio sepulcral sucedió despues por largo rato. Margarita, pálida, inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos, pero sin vista, parecia una figura de cera sin carmin, imágen de la vida, mas terrible que la de la muerte. Lemaitre recorria la habitacion con paso precipitado. Al cabo de algunos minutos se detuvo, y mirando al conde le dijo:

—¿Estais bien decidido?

—Sí.

—Pues bien! Vamos á concluir.

Cesario acababa de perder la única auxiliar que podia esperar en el peligro oculto que le amenazaba: no podia contar con las lágrimas

do Margarita y se resignó á esperarle con aparente tranquilidad. Mientras tanto Lemaitre se quitó la casaca, como si se preparara á luchar cuerpo á cuerpo.

—¿Quereis que nos batamos á puñetazos? dijo el conde con desden; os advierto, por si acaso, que soy jóven y tengo una fuerza extraordinaria.

—No señor, yo no me bato á puñetazos le respondió Lemaitre, buscando una cosa en el bolsillo de la casaca que acababa de quitarse...

—Si se trata de un desafio noble, estoy pronto á seguiros.

—Quitaos la casaca, es indispensable, os lo prevengo.

—En el momento en que Cesario se la quitaba y que con los brazos á medio sacar de las mangas estaba indefenso, Lemaitre se arrojó sobre él, le tiró al suelo, y le ató los brazos detras de la espalda, sin que pudiera hacer ni un movimien-

10. Hizo esfuerzos extraordinarios, pero fueron inútiles, pues á pesar de ellos, le llevó Lemaitre junto á un mueble al que le ató, despues de sujetarle pies y manos. Reducido á este estado el conde rugia de furor, y Margarita permanecia inmóvil y muda. Su padre la sacudió del brazo violentamente y la dijo señalando á Cesario.

—Dile que se case contigo.

Margarita miró á su padre como si no le comprendiera, luego al conde, y no dió mas muestras de vida.

Cesario conoció que no tenia mas remedio que arreglarse con el padre, pues nada podia esperar de Margarita.

—¿Quereis asesinarme? le preguntó.

—No; no me vengaria la muerte bastante, ni vengaria á tu pobre víctima. Vivirás; pero vivirás como yo vivo; sin amigos, sin pa-

rientes , desterrado , insultado y despreciado de todos ; y entonces tal vez , viéndote deshonrado , consentirás en dar tu nombre á la que has robado el honor.

— Pero ¿ quién sois exclamó Cesario á quien asustaban mas las palabras de Lemaitre que un peligro verdadero?

— Quién soy ?... Soy un ser maldonado , á quien maldijo su padre al nacer , y el hijo al venir al mundo ; soy un hombre á quien los demas hombres pueden escupir á la cara !... Soy !...

Lemaitre se detuvo y dijo al conde.

— Si te casas con mi hija , mañana seré un estrangero que al morir te habrá legado una fortuna inmensa ; si quieres que tenga un nombre , lo compraré ; seré señor de cualquiera ciudad de Italia... Tú solo me habrás visto un momento,

despues desapareceré y no volverás á verme jamas. Quieres?...

—Me has dicho demasiado para que acepte, moriré si es preciso; pero no comprometeré el honor de mi familia, con una alianza indigna.

—No tienes mas obstáculo que ese?

—Nada mas.

—Pues bien, yo haré que desaparezca.

—Pero quien sois?

—Una vez sola me has visto en tu vida. ¿No me reconoces, conde de Perbruck?... ¡Libertador de Gerónimo Robertin! ¿No me reconoces?

Mientras que Cesario miraba aterrado á Lemaitre, y procuraba recordar donde habia visto aquel semblante siniestro y lívido, este desapareció un instante, y volvió á entrar con un hierro hecho ascua en la mano y el brazo levantado. Traia el rostro blanco como un lienzo,

y sus ojos brillaban como los de un tigre. La escalera de Bouffay se representó á la vista del conde y exclamó:

—¡El verdugo! ¡el verdugo!

—¡El verdugo! repitió Margarita, y sus ojos se dilataron de un modo espantoso, cerrándose en seguida. Un grito ahogado en la garganta que se contrajo horrorosamente, quiso salir de su pecho, se tambaleó, y cayó al suelo como si la hubiera herido un rayo.

Lemaitre contempló á Cesario abatido, hasta el punto de no poder ni aun gritar, y á Margarita tendida en el suelo medio muerta, y volvió á salir del cuarto en que pasaba esta escena. Trajo una hornilla encendida, colocó otra vez el hierro, se sentó y se puso á soplar con tranquilidad.

Cesario no podia creer lo que veia, pareciéndole tan loca la idea de que aquel suplicio era para él, que no

se atrevió á indicarlo, creyendo que no podria ocurrírsele á aquel hombre, y que no se atreveria á ponerla en ejecucion. Miró á su alrededor aterrado, y vió á Margarita tendida en el suelo sin conocimiento.

—¡Se muere tu hija! miserable!...

—Para ella ha muerto todo el mundo; ahora comprenderás el mal que has hecho. La infeliz no sabia quien era, ni lo hubiera sabido jamás.... ¿Adivinas ahora por qué pasaba en Evion por un rico comerciante, y en Guerrande por un ciudadano de Savenay?... Por qué quise librar á mi hija del horror de deberme el ser, y esperé gozar de una dicha que la sociedad niega á mis semejantes. Si tú no te hubieras puesto por medio, mañana mismo hubiera huido de Francia, y la desgraciada que se muere á tu lado, nacida y educada á la sombra del misterio, hubiera creído que su padre era un proscrito ó un cri-

minal tal vez; pero viendo que era bueno, indulgente y virtuoso como lo hubiera sido, habria creido que habia sido muy desgraciado, ó que el arrepentimiento era mayor que la falta cometida, y me hubiera amado y respetado, y hubiera sido feliz, porque el amor y el respeto de los hijos para con los padres son la base de su dicha... Pero has venido tú y todo lo has destruido! Ese porvenir que habia preparado con tanto trabajo! Quince años de esfuerzos inauditos! de prudencia, de sepultar en el fondo de mi alma, la ternura con que la amaba! Quince años de angustias, y cuando habia realizado una gran fortuna, cuando mi hija habia llegado al apogeo de la hermosura, cuando habia asegurado nuestra fuga y mi dicha, que debia empezar mañana! llegas tú y todo lo destruyes, por solo el placer de ocupar ocho dias que no sabias qué hacer!! ¿Y no te he de castigar?

No lo esperes, conde de Perbruck!

—¿Quereis dinero? le dijo Cesario mas bien por decir algo, que por que esperase ver aceptada su proposicion.

Lemaitre recogió del suelo el recibo del conde y le echó al fuego diciendo:

—El hierro se calentará mejor, y la marca será mas indeleble.

La respuesta era terrible.

—¿Pues qué quieres? repitió Cesario conociendo que le abandonaban las fuerzas.

—Quiero que des tu nombre á mi hija.

—Jamás! Nunca! Jamás! exclamó repitiendo la negativa, como para afirmarse en ella.

—Pues bien, conde de Perbruck, dijo Lemaitre levantándose y cogiendo el arma fatal, voy á marcarte para que de hoy en adelante, valgas menos que yo!

Por un movimiento instintivo Ce-

sario echó la cabeza atrás, para preservar la cara del hierro ardiendo. Lemaitre le agarró del pelo y se la hizo enderezar; en seguida le arrancó la camisa y aplicándole el hierro á la espalda desnuda, sintió el conde á pocas pulgadas de su oído el ruido que tanto le horrorizó la víspera en la plaza de Bouffay. Despues se acercó Lemaitre á su hija, y sin dirigirle la palabra la tomó en sus robustos brazos, y se la llevó, habiendo apagado las luces y dejando las puertas abiertas.

La lumbre del braserillo esparcía por la estancia una luz rojiza. Ah! cuánto hubiera dado Cesario por morir en aquel momento, y cómo envidiaba la suerte de Margarita, muerta al oír quien era su padre, mientras que él sobrevivía á la mancha infamante que acababa de recibir. Miraba con ansia el cuchillo cuya hoja relucía á dos ó tres pasos de donde él estaba; pero atado

y sin movimiento no podia hundirle en su pecho, ni ir á buscar á otra parte la muerte, que era el único refugio que le quedaba! ¡Y no vendrian á desatarle, y si venia alguno, seria para verle mancillado, y marcado por la mano del verdugo! Y no morirse, y no poderse matar!... Pasó una hora, durante la cual se calmaron los primeros ímpetus de desesperacion, y del deseo de morir, pasó al de vengarse. ¿Pero de quién se habia de vengar? ¿Del verdugo?... El arrepentimiento y las lágrimas sucedieron á su desesperacion, y lloró amargamente su vida perdida. Un ruido de pasos hizo levantar la cabeza á su orgullo abatido un momento, las lágrimas se secaron en sus párpados, y aplicó el oido.

— Señor conde..... dijo una voz que le hizo estremecerse, por ser la del desgraciado á quien la crueldad del marqués habia entregado á

manos del mismo verdugo , que acababa de imponerle la mancilla que su padre habia hecho sufrir al aldeano.

¿No se veia en este cruel incidente , el dedo de la justicia divina ?

— Señor conde, estais ahí? repitió Gerónimo.

— Aquí , aquí estoy , respondió el conde en voz baja.

La lumbre de la hornilla se habia casi apagado , pero Cesario acostumbrado á aquella oscuridad , distinguió á Gerónimo que no le veia.

— Por aquí , por aquí , repitió el conde.

Guiado por la voz de su amo , se acercó , y vió á la claridad que desprendian los carbones encendidos que estaba desnudo.

— Ya me lo figuraba yo , exclamó; habeis caido en una ladronera ; pero por fortuna tengo armas y descubriremos á los malvados.

—Desátame los pies, Gerónimo.

Este se arrodilló y logró con mucho trabajo desatar las cuerdas.

—Cáspita! No conozco mas que un hombre que sepa hacer estos nudos.

No tuvo que nombrarle para que adivinase Cesario á quien aludia, y un frio mortal recorrió todos sus miembros.

—Y las manos tambien!... añadió Gerónimo; tambien os han atado las manos! y desató á Cesario, que libre de pies y manos, trató de levantarse, pero sus piernas entumecidas por la presion de la cuerda; no tuvieron fuerzas para sostenerle y cayó de rodillas.

—Qué teneis ¿estais malo? Voy á encender una luz, y si están los asesinos todavia en la casa nos veremos las caras.

Al oir Cesario estas palabras se cubrió la espalda con la camisa ro-

ta, por un movimiento involuntario, y le dijo:

—No, no, salgamos pronto de aquí.

—Bien está: Qué es esto? añadió al sentir que se le euredaban los pies en una cosa; y alzándola del suelo, vió á la escasa luz del braserillo, que era la casaca de su amo.

—Dámela.

Gerónimo se la alcanzó, y el conde se la puso con un afan que hubiera estrañado el criado, si lo hubiese advertido.

—Vámonos, vámonos ya.

No pudiendo sostenerse apenas, se apoyó en Gerónimo, pero habiéndole tropezado en la espalda, este se retiró con viveza diciendo:

—Por ese lado no, todavía me duele.

El conde de Perbruck tenia una herida igual, y Gerónimo le tropezó varias veces, pero fue mas su-

frido que el aldeano, y no se quejó...

—¿Cómo has venido? preguntó el conde que quería asegurarse de que Gerónimo no tenía la menor sospecha de lo que había pasado.

—Os esperaba impaciente, calculando que iba á amanecer, y que los trabajadores no esperan á que salga el sol para ir á sus faenas, y diciendo entre mí que la luz del día no nos convenia ni á uno ni á otro, cuando haré cosa de una hora ví atravesar por la pradera un hombre que llevaba un bulto blanco. Me acerqué creyendo que érais vos, pero era mucho mas alto, y el bulto era una muger que llevaba en sus brazos. No me pareció natural, é iba á echarme sobre él pero me dijo al pasar á mi lado:

—Vete á buscar á tu amo dentro de una hora, que te necesitará.

—¿Y conocias á ese hombre?

—Sí... uo... pero no es posible. Sin embargo, juraría que es el mismo que me ha sacado de la cárcel.

—¿Y á ese le conocias? preguntó Cesario cada vez mas inquieto.

—Pensé conocerle, pero no puede ser, es imposible.

—¿Pues quién te parecia que era?

—El verdugo, respondió Gerónimo en voz muy baja.

Calló el conde: y llegaron al coche sin proferir una palabra mas. Cesario subió y cayó medio desmayado sobre los almohadones.

—¿Dónde vamos, señor conde?

—A la trapa de la Maillaire, respondió el conde.

Pocos dias despues, todo Nantes hablaba de la desaparicion de tres hombres, que comentaba á su manera. Entre los varios rumores que circularon, el mas verosimil, fue el siguiente. Supúsose que el

conde de Perbruck , indignado con el suplicio de Gerónimo , habia comprado á maese Marchand , verdugo de Nantes ( este era el verdadero nombre de M. Lemaitre ) para que le pusiera en libertad. Gerónimo y Marchand habian ido á un pais extranjero , donde sin duda les habia acompañado el conde para proteger su fuga , y ponerse á cubierto de la cólera de su padre. En cuanto á Margarita nadie sospechó siquiera que hubiera existido.

El marqués de Perbruck declaró tan solemnemente que jamas perdonaria á su hijo , de que hubiese protegido á Gerónimo Robertin , que no se extrañó el que no se volviera á hablar de él.

Sin embargo , algunos meses despues cuando se supo que el mismo marqués hacia las pesquisas mas activas para saber de su hijo , renacieron las dudas y las suposiciones.

Pero otros sucesos demasiado graves ocupaban los espíritus, y la atención general no pudo fijarse en una cuestión particular, como hubiera sucedido en otras circunstancias. La marcha del marqués de Perbrück á un reyno estrangero contribuyó, no poco á que la olvidaran completamente. Con efecto, el marqués fue uno de los primeros que desertaron, dejando á Luis XVI que luchara solo con la revolucion. Salió á principios de 1790, y se supuso que su hijo habria ido á unirse con él á Flandes, donde estaba con el hermano del Rey á primeros de Julio de 1791.

## INTRODUCCION.

### **Nuevos personajes y esplicaciones preliminares.**

**L**a aventura que acabamos de referir está ligada á sucesos de tal importancia histórica, que la hemos contado antes de hacer la descripción del sitio en que pasan, y de dar algunos detalles sobre los primeros héroes.

El Poitou, la baja Bretaña y el Maine, que fueron el campo de la

sangrienta lucha conocida con el nombre de guerra de la Vendée, son provincias de un carácter tan singular, que nos parece oportuno dar una idea de ellas á nuestros lectores. Hasta los nombres de los diferentes distritos en que se dividen, dan á conocer cual debe ser su forma peculiar. Por una parte está el Bocage, por otra la Plaine, y por otra el Marais.

El Bocage como lo indica su nombre es una gran estension de bosques que se estienden ya sobre elevadas colinas, ya por profundos barrancos. Numerosos riachuelos formando estrepitosas cascadas bajan de estas colinas, ó serpentean en el fondo de estos barrancos, cuyas orillas son tan escarpadas, que la mayor parte son inaccesibles. Las propiedades que se encuentran diseminadas en estos bosques, por pequeñas que sean, están rodeadas de setos vivos, y en su centro se ele-

van grandes árboles. Asi es que rara vez se encuentra algun pastor conduciendo ganado , á pesar de que se cria mucho en estas heredades, pues desde la mañana los llevan á las cercas , y cierran las puertas de madera de los cercados , y por la noche vuelven á buscarlos , sin temer de que hayan forzado la muralla de espinas que les encierra. Senderos pantanosos , á doce ó quince pies de profundidad y rodeados de repechos elevados y coronados de zarzales , atraviesan de una á otra heredad , ó de estas al pueblo vecino , y de allí á otro cercano.

La Plaine es en un todo semejante al Bocage , solo que no tiene bosques : á cada paso se encuentran cercas y repechos á los lados de los caminos , ó mas bien de los barrancos , por donde corren arroyos cristalinos , y á cada instante se hayan encrucijadas , en las cuales se pierden hasta los habitantes del pais.

No hay un sitio desde donde se descubra el terreno , y aunque hubiera una altura que lo dominara , no se distinguiria mas que un laberinto de espinos , por debajo de los cuales pueden caminar millares de hombres sin que se les descubra.

En el Marais , lo mismo que en el Bocage , y la Plaine , no se encuentran mas que zarzales impene- trables ; pero en vez del laberinto de espinos , se encuentra uno de ar- rollos que corren á la sombra de los verdes matorrales. Esta parte de la Vendée es menos transitable que las otra dos , y por consiguiente como mas á propósito para defenderse, fue menos atacada , y no tomó una parte tan activa como las anteriores en la guerra civil.

En la época en que empieza nues- tra historia , no habia mas que cua- tro caminos de ruedas , siendo por lo tanto sus comunicaciones con las demas provincias muy reducidas,

tanto en la parte mercantil é industrial, como en el progreso intelectual. De modo que la generalidad de sus moradores eran ignorantes, crédulos, y al mismo tiempo por un contraste muy comun desconfiados.

Rutineros y testarudos, querian el gobierno monárquico, porque habian nacido bajo su dominio, y bajo de el vivian; pero nos engañariamos si creyéramos que dictó su alzamiento la obediencia ó adhesion á sus señores. Las ideas de independencia ó por mejor decir la costumbre, estan tan arraigadas en el aldeano vendeano, que jamas ha podido comprender que una voluntad estraña, ya fuese la del Rey ó ya la de la patria, interviniere en los intereses de su país. Este espíritu, provenia no solo de la situacion material del terreno, sino de las relaciones que existian entre los arrendatarios y sus señores. En ningun

punto de Francia llegó á estar la nobleza tan en contacto con el pueblo , y en ninguno estaban tampoco sus intereses tan identificados.

No habia en la Vendée grandes empresas agrícolas , pues las alquerias más ricas no producian arriba de mil á mil doscientas libras de renta ; cada noble era por consiguiente propietario de varias , y conocia á un gran número de familias , sobre las que ejercia una influencia directa. Las costumbres de los propietarios y de los colonos , y los intereses de ambos eran comunes, por la vida que hacian los primeros en sus tierras y por las condiciones del arrendamiento. Generalmente estos no se pagaban en dinero : sino partiendo el colono las cosechas con su señor , de lo que resultaba que como la fortuna del propietario , dependia de la buena administracion de las tierras , intervenia en ella , proviniendo de esto sus

relaciones de trato, y comunidad de intereses.

Ademas, los señores de estas provincias no llevaron á sus modestas posesiones el lujo de Paris y de Versalles, como licieron los demas nobles de Francia; no insultaron con su ostentacion la pobreza de sus dependientes. Unos y otros bailaban y cazaban, llamando los señores á sus arrendatarios para que disfrutasen de sus placeres, y mezclándose, hasta las señoras, con las jóvenes que iban á bailar los domingos á los patios de sus quintas. En consecuencia el marqués de Perbruck, no representa la nobleza del pais y de la época, sino que por el contrario era una escepcion en la Vendée.

Esta ligera reseña de aquellas provincias y sus costumbres, hará comprender á nuestros lectores el carácter de sus habitantes. El vendeano luchando siempre con la na-

turaleza , encerrado en su alqueria , y separado del resto de la Francia , era ignorante , crédulo y desconfiado como hemos dicho. Ignorante , porque no tenia roce ni comunicacion con las ideas generales ; crédulo ; porque nada exalta tanto la fe y conduce á la supersticion , como el aislamiento , y los cuentos con que se adormece el fastidio de las largas noches de invierno ; por esta razon las personas mas respetables para estos aldeanos , despues del cura , eran las brujas ; y desconfiado , porque feliz y contento con su soledad , temia cualquier innovacion en su suerte. Este sentimiento era en ellos tan fuerte , que en la guerra en que desplegaron tanto valor y constancia , cuando no veian muy clara la conducta de sus gefes , creian al momento [que habia traicion. Herido Bonchamps , tuvo que hacer que le llevaran al campo de batalla , para evitar la desercion :

en el combate no precedian nunca á sus gefes , y solo los seguian cuando se lanzaban en medio del peligro, como un simple soldado. No iban á la victoria , tenian que llevarlos, y á duras penas se conseguia tenerlos reunidos , pues ansiaban volver á sus hogares , donde eran independientes y dueños absolutos.

Este carácter de independenciam y de fé en su propia fuerza , se encontraba igualmente en los nobles, asi es que no siguieron el impulso de la nobleza francesa, y muy pocos fueron los que emigraron.

Ningun pais era pues tan á propósito como este para sostener una guerra civil ; fuerte por la aspereza natural del terreno , mas que lo hubiera sido con las mejores fortificaciones , habitado por una poblacion pobre pero vigorosa , acostumbrada al manejo de las armas , á las fatigas de la caza , de una labranza dura , y dueña de un laberinto

de fortalezas que ella sola conocia; ademas, la presencia de los nobles, capaces de conducirla, sin contar con los genios que nacen de las grandes conmociones, (como Cathelineau y Stofflet) le hicieron elegir para campo de contienda, donde debian sostenerse los privilegios de los nobles, contra el nuevo régimen de cosas.

Pretendian los realistas. (pretension inesplicable, si bien preconizada por un escritor celebre de su partido, á quien dieron el sobre nombre de Homero) que el levantamiento de la Vendée fue repentino é imprevisto, sin que reconociese otra causa que la indignacion que despertaron en los valientes de aquellas provincias los excesos de la Convencion. Y decimos que esta pretension es inesplicable, porque deja reducidos á los nobles á un papel secundario é insignificante, indigno del espíritu caballeresco de que tanto

se han vanagloriado despues. Pero tienen la fortuna de que los hechos hayan desmentido la lisonja que se hizo al pueblo, lisonja que aun en nuestros dias envuelve tal vez un fin.

Mucho antes de que estallara el levantamiento vendeano estaba dispuesto, previsto y calculado todo. Un hombre ambicioso, activo, emprendedor y enérgico, habia trazado el plan y calculado las probabilidades, y si no se ejecutó hasta despues de su muerte, fue porque acaeció antes de que se presentara una gran circunstancia que conmoviera esos pueblos tan entusiastas, segun los realistas, y tan frios segun la Rouarie.

La Rouarie fue quien concibió la idea de la guerra en la Vendée, quién organizó el plan, y quiza si hubiese puesto en ejecucion los proyectos que llevaron á cabo sus sucesores, hubiera derribado la Con-

vencion Digamos algo acerca de este hombre extraordinario.

Armando Tuffin de la Rouarie, de quien se hablará largamente en nuestra historia, abrazó la carrera militar desde niño. Era hombre de pasiones ardientes, y dispuesto naturalmente á hacer la oposicion en todo. Siendo oficial de la guardia francesa, se dió á conocer por sus sangrientos epigramas contra la monarquia, y las costúmbres de la corte, aunque las suyas no eran irreprensibles. Notable ya entre los bebedores, gastrónomos y jugadores, y entre todos los hombres que llevaban una vida de placeres y aventuras, se hizo célebre por un desafio que tuvo con el duque de Borbon-Busset, y por el amor extravagante que profesó á la Beaumenil. Habiendo caido en desgracia del Rey por el desafio, y sido desairado por la actriz, que prefirió su libertad al título de marquesa de la Rouarie, cedió á

los impulsos de su carácter violento, y se envenenó.

No pudo salir adelante con el suicidio, como no habia salido con el amor; le socorrieron á tiempo y salvó la vida, pero se condenó á otra clase de suicidio, yendo á enterrarse en un convento de la Trapa. Buscáronle sus amigos, y sus ruegos unidos al fastidio de la inaccion de una vida contemplativa, vinieron á arraucarle de su asilo. No hallando en Francia alimento suficiente á la energía inquieta y ambiciosa de su carácter, pasó á los Estados Unidos de América, impelido por sus ideas liberales y por el fin honroso que ofrecian á las ambiciones generosas. Muy pronto la fama del valor y actividad del coronel Armando, (este fué el nombre que adoptó) atravesó los mares y precedió su vuelta á Francia.

La Rouarie acababa de entrever la posibilidad de reconquistar una

posicion ventajosa en la oposicion que hacian los parlamentos á la corte, regresó á su pais hácia 1785, y fue uno de los doce diputados que vinieron á reclamar los privilegios de la Bretaña. Tan violentas fueron sus reclamaciones, que le metieron en la Bastilla. Despues de haber sido campeon de la democracia en el nuevo mundo, fué víctima en su patria, de su adhesion á la aristocracia. La Rouaire fué el ídolo de la Bretaña Inclinado siempre al movimiento y á las revoluciones, acogió con entusiasmo los sucesos de 89, y salió de su prision y de Paris, siendo un revolucionario fogoso; pero de regreso á Bretaña se encontró con el pueblo, que animado con la doble representacion que se le habia concedido, no ocultaba sus esperanzas, y hablaba de reformas, atacando los privilegios que habia defendido la Rouaire con pérdida de su libertad. Armando, que no

pudo tolerar el absolutismo real, tampoco quiso sufrir el popular.

La Rouaire era el gentil hombre de otro siglo, que pronto á levantar sus banderas contra su Rey, lo estaba tambien á sofocar la mas leve pretension del pueblo.

Habia salido de París con ánimo de hacer la oposicion á la corte, pero luego que estuvo en Bretaña la hizo en sentido muy diferente: aconsejó á los nobles de su provincia que no enviasen diputados á los Estados Generales, y obtuvo de ellos que hicieran una protesta famosa contra las primeras deliberaciones de la asamblea; protesta que los nobles bretones sellaron despues con su sangre.

Pero la revolucion desbarataba las resistencias parciales que se presentaban, y la Rouarie comprendió, cansado de varias tentativas inútiles, que para contener el movimiento era preciso salir de su círcu-

lo. A fines de 1791, estaba en Cobleutz, esplicando á los príncipes emigrados el plan de la vasta asociacion que habia concebido, y el 2 de marzo de 1792, le revestian de los poderes mas estensos.

Ya hacia tiempo que no era la Rouarie el único móvil de esta gran conspiracion; una muger, una heroína, se habia adherido á su suerte con algunos caballeros parciales suyos. Esta heroína era la señorita Teresa de Moellien, y sus valerosos cómplices, el caballero de Tinteniach, Mr. de Fontevieux, y el jóven Tuffin, sobrino de la Rouarie.

Teresa de Moellien, pertenecia á una familia noble de Fougères, y era prima de la Rouarie. Quedó huérfana siendo niña, y la necesidad la enseñó á protegerse á si misma. Valiente y altiva no trató de ocultar su ódio á la revolucion, escuchando con entusiasmo los proyectos que la confió el marques. Amante

de luchas, emociones y combates, prestó su casa para los conciliábulos secretos, que celebraron los nobles bretones, y secundó con todo su poder las miras de su primo; pero á medida que se acercaba el peligro, y que la hora de la esplosion se aproximaba, sentia aumentarse su valor, y no pudo resignarse á quedar pasiva reduciéndose al papel de hospedar á sus asociados. Quiso seguir á la Rouarie en sus correrias, y viéndole incansable, atrevido contra las dificultades, tranquilo ante el peligro, obstinado, sagaz, prudente y decidido cuando las circunstancias lo exigian, se entregó enteramente al hombre que personificaba al héroe mas completo que se habia imaginado.

Sin embargo, las pasiones de la Rouarie no se habian estinguido con las fatigas de la guerra, ni con las austeridades de la Trapa, y en vano pedia pruebas de un amor que

exaltaba la mente de la señorita de Moellien, sin agitar su corazón ni sus sentidos. Irritado con las negativas de Teresa, que le respondía siempre, que la misión de su ternura no era amarse, sino salvar juntos la Francia, dudó de su adhesión á los realistas porque resistía á sus deseos.

Teresa se resintió profundamente, y si hubiera creído que había un hombre capaz de reemplazar á la Rouarie en tan colosal empresa, se habría valido de la influencia que había adquirido, para presentarle á la elección de sus asociados. Pero sobrepujaba tanto por su valor, energía é invención á todos los que se le hubieran podido oponer, que no pudo recurrir á este medio.

Por último Armando empezó á reservarse de ella, y un día que había recibido comunicaciones del conde ée Artois y del ministro Colonne, y que no se las había en-

señado, conoció que trataba de alejarla. Se indignó, pero Armando se mantuvo impassible y continuó callando. A pocos dias reunió la Rouarie á sus principales cómplices en su castillo, y les anunció que marchaba á sondear algunas compañías del Morbihan. Acompañábase sus afiliados, Tinteriac, Tuffin y Límélan, pero no se designó á Teresa como de costumbre, para participar del peligro. Esta resolución se anunció en el castillo, en una reunion numerosa, y apenas se retiraron los conjuradores, se aproximó Teresa á Armando y le dijo:

— Os vais sin mí?

— Me voy con los que me quieren, le contestó la Rouarie.

— No me contais ya en ese número?

— Cuento con los que son míos en cuerpo y alma, contestó el marqués con tristeza.

Teresa le comprendió y se sonrojó.

—Ademas, Teresa, repuso la Rouarie con mas dulzura, salimos á las cuatro de la mañana, y no teneis tiempo para disponeros.... Es preciso que volvais á Fougueres, son las diez de la noche.

—Pasaré la noche en vuestra casa, dijo bruscamente la señorita de Mœllien.

Esto era decirle bastante, pues temiendo su audacia, nunca habia querido pasar la noche en su casa.

Teresa se entregó al hombre que admiraba, se entregó por pasion política, pero el amor no presidió á su union. Asi lo conoció Teresa cuando despues vió á Fonteuieux, jóven hermoso, de alma casta é intrépida, apóstol de una religion de abnegacion y sacrificios prestados con heroismo y modestia. No habia para él obstáculos ni peligros. Se le decia: por ejemplo.

«Es menester atravesar la Frau-

cia y la Alemania para ir á buscar una órden de los príncipes; ó hay que ir á Inglaterra, á recibir los millones de asignados falsos que fabricaba Colonne.»

Fontevieux marchaba, y como si la Francia no estuviese plagada de espías, de enemigos y de verdugos, como si las puertas no hubieran estado cerradas para los que querían salir, llegaba á Inglaterra ó á Alemania, y volvía con la misma celeridad que si hubiera tenido amplios poderes para que le sirvieran en su viage los gendarmes y postillones.

Y sin embargo, en estos viages tenia que cambiar mil veces de traje, escapando, ya por la fuerza ó ya por la astucia, de que le arrestaran, y jamas referia sus compromisos mas que á Teresa, que le pedía cuenta tan estrecha de sus ocupaciones durante la ausencia, que acababa por censárselo todo. Ella

le escuchaba con una alegría y un miedo que no habia experimentado nunca por la Rouarie. En los dias en que el último habia corrido un peligro inminente , Teresa decia : «Qué pérdida, y qué desgracia para nuestro partido si cogieran á la Rouarie!..» En esta espresion solo hablaba el corazon de la realista , pero oyendo contar á Fontevieux los riesgos que habia corrido , lloraba y gemia de terror ; porque hablaba en ella el corazon de la muger.

No obstante este amor habia quedado sepultado en el fondo de sus corazones ; la señorita de Moellien no hubiera vendido jamas á la Rouarie , ni como querida , ni como cómplice , y Fontevieux se hubiera ruborizado de demostrársele á la amada del héroe , que era su gefe y su ídolo.

Teresa y Eduardo sabian que se amaban sin habérselo dicho , y sin mas esperauza que la de vivir ó mo-

rir juntos por la misma causa. La Rouarie sospechaba este amor, y solia tener contra Fontevieux arranques del mal humor, hijos de sus celos; pero á pesar de esto no dudaba de Teresa ni de Eduardo, pues los estimaba demasiado para abrigar temores injuriosos.

La orilla derecha del Loire se habia organizado, y la Rouarie tenia las firmas de la mayor parte de los nobles de una parte de la Bretaña; pero juzgando que esta parte era menos ventajosa para la guerra, que la que se estiende desde Nantes hasta los alrededores de la Rochela, resolvió comprometer á la nobleza nantesa y á la de la Vendée en su vasta conjuracion, y con este fin emprendió el viage de que va á hacerse referencia en nuestra narracion.

Pero mientras la Rouarie proseguia su plan con la fervorosa obstinacion de su carácter; la traicion

seguia todos sus pasos. Ella fue la que mezcló en sus planes algunos personajes de los que presentamos en el prólogo de nuestra historia. Contaremos á nuestros lectores las mas leves circunstancias, para que comprendan mejor los singulares *quid-pro-quo*s que resultaron de la semejanza ya mencionada de Cesario de Perbruck, con Saturnino Fichet, hijo supuesto del mayordomo de esta noble casa.

---

Latouche Shevetel era de Rennes, pero habia estudiado medicina en Paris, donde se estableció despues. En 1785, aunque muy jóven todavia, fue médico de la Ronarie, que trató siempre de atraerse á sus paisanos, aun antes de que pudiera pensar que llegaria un dia, en que tendria que organizarlos para una gran conspiracion. Este proporcionó

á su médico una parroquia numerosa , porque sabia como se protege y recomienda á las gentes , y empleaba toda la fuerza de su voluntad y de su energía en cualquier cosa que se propusiera. Latouche se encontró en buena posicion , y en estado de hacer fortuna , gracias al marqués , y se hizo fiel servidor suyo.

Llegó la revolucion , y Latouche siguió siendo su amigo , y prestándole sin titubear los favores que el marqués le pedia. Asi, en dos ó tres ocasiones le cambió , corriendo el riesgo de comprometerse , billetes en oro , sin preguntar á su bienhechor el origen de cantidades de tanta consideracion , ni en qué iba á emplearlas.

La Rouarie no dudaba de la fidelidad de Latouche , pero temia su estraña poltroneria ; motivos porque no le confió sus planes. No obstante , llegó un dia en que urgiéndole te-

ner fondos , envió á su sobrino Tuffin , á casa de Latouche , sin advertirle que el doctor nada sabia , y este dejó escapar algunas palabras sobre conspiracion. No las echó en saco roto Latouche , pero no sabia mas sino que la Rouarie se ocupaba en organizar la Bretaña y el Poitou para un levantamiento.

Dos meses escasos habian pasado , cuando Fontevieux , que iba á Coblenz , se dirigió tambien á Latouche , por recomendacion de la Rouarie. El doctor tanteó al caballero sobre sus proyectos , y sobre el motivo que tenia para llevar oro ; y habló de Tuffin , y de la Rouarie , diciendo que era suyo enteramente ; en una palabra , se manejó con tal destreza que Fontevieux , creyéndole cómplice de la conspiracion , manifestó las esperanzas que tenian , si bien no le enteró de los pormenores. Despues salió para Coblenz á fines de julio de 1792.

No bien Latouche poseyó un secreto de tanta importancia , cuando empezó á temblar, y creyó verse ya preso y condenado ; entonces sin escuchar mas voz que la de su miedo , corrió á denunciarle á Danton. Este presentó á la junta de seguridad pública de la asamblea legislativa esta revelacion , y , cosa increíble , apenas se le hizo caso. Solo pudo conseguir que se diera órden de vigilar á las administraciones de los departamentos de las costas del Norte y d'Ille-et-Vilaine. Esto sucedia en los primeros dias de Agosto de 1792 , y los grandes sucesos que se preparaban absorbian demasiado la atencion de los hombres que trastornaban la Francia, para que se detuvieran á pensar en una conspiracion , que suponian que existia ; pero cuyos gefes no conocian. En fin, para dar una idea del desprecio con que miraron esta conspiracion , baste decir que cuando

Danton exclamó en la junta : «Vengo á probar que los nobles conspiran, le contestaron.»

—«Ya lo sabemos, ese es su oficio.»

Llegó el 10 de Agosto, y con los grandes sucesos de este dia se olvidó la denuncia de Latouche; pero al velaba sobre ella.

Sabedor la Rouarie de la imprudencia de su sobrino y de la confianza de Fontevieux, creyó que el único medio de reparar su indiscrecion, era asociarle francamente á sus proyectos. Latouche aceptó y llegó á ser el agente mas activo de la Rouarie, quien no pocas veces se admiró de la habilidad con que escapaba de los espías: y poco antes de la época en que empieza nuestra historia, fue comisionado á Lóndres para apresurar la remesa de los fondos que Colonne habia prometido, y concertar el dia que debian desenvainarse las espadas con

la bajada de los amigrados de Jersey sobre las costas de Bretaña.

Danton era entonces ministro de Justicia; Latouche corrió á avisarle, y salió para Inglaterra con los pliegos de la Rouarie en un bolsillo y los de Danton en otro.

A la sazón la retirada de los prusianos consternó á la asociación bretona, y desanimó á los mas intrépidos. Solo la Rouarie permanecía impertérrito, y mientras su pérfido agente fomentaba la lentitud de Calonne, y Fontevieux determinaba al conde de Artois, que habia avanzado hasta Lieja, para ir á Bretaña, él emprendia expediciones arriesgadas, y hacia pasar el Loire á su asociación, como hemos visto.

En el interin Latouche sostenia una correspondencia frecuente con Danton. Tambien escribia á la Rouarie, buscando emisarios fieles para el segundo, pues se cubria siempre con la máscara de conspirador

prudente.

Acabábase de decidir en Londres que era tiempo de obrar, y no dejar que asesinaran al malhadado Luis XVI. Avisado Danton por Latouche. contestó: «Que marchen.» Y por orden del ministro republicano debia dar parte á la Rouarie de la resolucion tomada en Londres.

Danton habia mandado á Latouche, que fuera á Bretaña, para estar sobre la conspiracion, pero el cobarde traidor, conociendo que era hombre perdido si le descubrian, prefirió enviar un emisario con las instrucciones que le habian entregado, y por un lado escribió á Danton que no salia de Londres para vigilar á Calonne, y á la Rouarie, que se quedaba para apremiarle. Pero la gran dificultad que tenia que vencer era la de que llegaran sus noticias á manos de la Rouarie, mezclándose por este motivo á los sucesos algunos de nuestros personajes.

Latouche encontró con bastante frecuencia en casa de Calonne al abate Bernier, y en casa de este á quien visitó, á un trapense á quien llamaban el hermano Cesario. Bernier, que con tanto interés trabajó mas tarde en la guerra de la Vendée, parecia por entonces no querer tomar parte en los proyectos que se formaban en Lóndres. Pero habiéndole confiado Latouche su apuro, Bernier le prometió auxiliarle, y le pidió veinte y cuatro horas para buscar un emisario. El dia siguiente le presentó al trapense Cesario; mas Latouche desconfiaba de los frailes y le rehusó. Contóle entonces Bernier que aquel no tenia de fraile mas que el hábito, y que era un noble que no deseaba mas que asociarse á una empresa árdua. Ultimamente, le dijo quien era, y supo con asombro la existencia del conde de Peirbruck, cuya ruidosa desaparicion habia llegado á sus oidos.

Ocho dias despues Cesario se ponía en camino con los pliegos de Latouche, y una carta particular de Bernier para la Rouarie. En ella le informaba que el pretendido trapense no era otro que el jóven conde de Perbruck á quien habian echado de su convento como á los demas, y se habia refugiado en Inglaterra, ocultando la causa de su desaparicion, bien fuese porque quisiera que no se divulgara, ó bien porque la ignorase; la carta contenia esta frase misteriosa:

«Dispensad entera confianza al  
«jóven conde; él creia que no le  
«quedaba mas recurso que morir en  
«la penitencia, pero le he hecho ver  
«cuanta gloria puede adquirirse pe-  
«leando por su Dios y por su Rey;  
«pudiendo por este medio levantarse  
«del abatimiento en que ha caido,  
«mejor que con austeridades. Asi,  
«pues, contar con Mr. de Perbruck,  
«pues si las circunstancias lo requie-

«ren, será un héroe ó un mártir».

Con arreglo á las instrucciones que habia recibido de Latouche y de Bernier, Perbruck fue primero á Guernesey y á Jersey, y desde alli, disfrazado de aldeano, arribó á las costas de Saint Malo: alli conoció á la Rouarie y le entregó las cartas de Bernier y de Latouche. Pero lo que le asombró fue el saber de su boca que habia recibido una carta de Latouche, de quien acababa de separarse, y ver que habia llegado antes que él aunque habia andado muy diligente. Era esta de poca importancia, pues se reducía á recomendarle un jóven que habia seguido á sus amos á Inglaterra, y que se hallaba sumido en la mayor pobreza, rogándole le admitiera á su servicio. El jóven que habia llegado por la mañana encontró á la Rouarie en la posada y le habló del conde de Perbruck y de la carta de recomendacion que traia para él.

Luego que el marqués y Cesario hablaron de sus asuntos, llamaron al jóven. Su presencia conmovió profundamente al conde, quien le interrogó sobre su vida pasada, pero el jóven Santiago Pelerin, que así se llamaba, hizo un relato tan verosímil de su infancia y de todo lo que habia hecho y visto, que Cesario se avergonzó de la emocion que causó la semejanza de aquel muchacho con una muger cuyo amor le habia costado muy caro.

Con efecto, Santiago Pelerin tenia todas las facciones de Margarita Lemaitre. Una de las razones para que Cesario se avergonzara de la turbacion que habia experimentado, fué el saber que él mismo tenia en Saturnino Fichet una copia que podia engañar á los ojos mas penetrantes pasando por él mismo. Por lo demas el secreto del encuentro de Cesario y Margarita, se descubre en una carta de Latouche á Danton, en la cual

el médico espia revela al ministro que ha entregado á Perbruck los pliegos que deben hacer estallar la revolucion, como desea. La carta concluia en estos términos: «Hubiera «cumplido mal con mi comision, «ministro ciudadano, si no hubiera «puesto junto á los rebeldes un agente seguro, que nos tendrá al corriente de cuanto ocurra en Francia. «Es este una muger refugiada en «Lóndres, y para que no me tacheis «de imprudente, os diré en pocas «palabras cómo la he conocido, y por «que la he confiado tan importante «mision. Ya sabeis que Bernier me «buscó un emisario seguro en el señor Cesario de Perbruck, y ahora «os diré como encontré á Perbruck, «y á la muger de que se trata.

«Un dia que el ex-cura se paseaba por la playa de Saint-Malo, «esperando una barquilla de pescadores que debia conducirle á Jersey, encontró tendido sobre la

«arena, á un pobre trapense pró-  
«ximo al parecer á exhalar el último  
«suspiro; le habló, le reanimó; y este,  
«resuelto á morir, se confesó con el  
«abate. Sin duda entonces Perbruck,  
«pues era él, le confió quien era.  
«Persuadióle el confesor que debía  
«vivir; pero el pobre diablo estaba  
«tan débil que no era posible que  
«anduviera; en esto llegó otro reli-  
«gioso compañero suyo, que habia  
«ido á buscar pan y vino. El enfer-  
«mo se dejó cuidar, y habiendo lle-  
«gado la barquilla que esperaba Ber-  
«nier, se embarcaron los dos. El  
«otro religioso habia seguido á su  
«compañero solo por amistad, y les  
«anunció que su intencion era tirar  
«la cogulla. Pero lo que sorprendió  
«extraordinariamente al pobre abate,  
«fue que en el momento que toma-  
«ban tierra en Jersey, una carme-  
«lita dió un grito, y viendo que  
«cuidaba del trapense á quien el  
«mareo traia medio muerto, le dijo:

—«Sois amigo del conde de Perbruck?»

«Viendo que sabia quien era, no se lo negó, y ella entonces le dió dinero para que le cuidara, exigiendo que guardase el mayor secreto sobre su generosidad. No volvió Bernier á saber de esta muger, hasta que el dia que resolví entregar al conde los despachos para la Rouarie, me la presentó. Me dijo el abate que queria verme, con el fin de entregarme algunos socorros para la asociacion. Luego que nos quedamos solos, me habló un lenguaje muy distinto, diciéndome que habia amado á Perbruck, que la habia abandonado, y que queria seguirle, por ver si le atraia.

—«Y si no lo conseguis? le dije.

—«Entonces, ¡ah! exclamó con un tono terrible que me encantó: «Entonces, pobre de él!

«Conocí que era muger capaz de denunciarle, y formé mi plan.

«Ella habia trazado ya el suyo. Re-  
«duciase este á volver á Francia dis-  
«frazada de hombre , y entrar á ser-  
«vir á Perbruck , para lo cual ne-  
«cesitaba una carta mia , y se la he  
«dado. Esto nada significa ; para lo  
«que no podreis menos de aprobar,  
«es el que le haya dado otra , pa-  
«ra Morillon , que segun vuestras  
«órdenes estará en Saint-Malo , don-  
«de se personará con ella. Si Mori-  
«llon á quien considerais como á un  
«hombre superior , y que en mi con-  
«cepto no es mas que un histrion,  
«merece la confianza que se le dis-  
«pensa , debe por medio de esta mu-  
«ger apoderarse de la Rouarie y de  
«todos los planes , de los que yo,  
«como la mayor parte de los indivi-  
«duos de la asociacion , no sé mas  
«que una pequeña parte. Y podrá  
«apoderarse de la famosa lista de los  
«asociados que debe estar en manos  
«de la Rouarie ó de Teresa de Moë-  
«llien , etc. etc.»

Seguia Latouche trazando la conducta que debia observar Morillon, é insistiendo en el partido que podia sacarse del espíritu vengativo que debe animar á una querida abandonada. Danton sin ocuparse de estos detalles, envió la carta á Morillon. Esta fue la parte que tomó en los sucesos Latouche Shevetel; pero Morillon desempeñó un papel mucho mas importante. Por lo tanto es preciso darle á conocer á nuestros lectores, con lo cual terminaremos esta larga digresion, ó mas bien estos preliminares indispensables.

Morillon era un delfinés enganchado. Admitido en la gendarmeria por su buena estatura, actividad é inteligencia, llegó á ser sargento; pero le despidieron del cuerpo por ciertas cuentas de forrage en que presentó recibos con las firmas de los proveedores, tan bien imitadas, que no se atrevieron á decir que

eran falsas. Morillon se encontró en la calle, y Paris pudo admirar por algun tiempo á un cantor que hacia retumbar los vidrios de las casas con su voz de estentor. La policia le conocia, y supo aprovecharle. Morillon sacó partido de la profesion de espía, y como el numerario escaseaba cada vez mas, fabricó luises de oro que vendia á los nobles para que emigraran, haciéndoles pagar el cambio que era muy fuerte en aquella época. Pero la parte cómica de este hecho, es que él fue el encargado de descubrir á los monederos falsos que emitian tanto oro. Persuadió á la junta de policia de que aquella moneda se fabricaba en Coblentz, é hizo que le dieran pasaporte para ir, y le pagaran el viage.

Llegó el caballero Morillon á la residencia del conde de Artois, provisto de abundantes y buenos luises de oro, producto de los falsos, y

presentándose en buena posición , se insinuó con los hidalgos que estaban junto á la persona de los príncipes. Allí se hizo amigo íntimo del marqués de Perbruck , padre de Cesario , que como digimos fue de los primeros que emigraron á Coblantz. De este modo logró Morillou iniciarse en los planes de los emigrados.

En dicha época era el momento de la invasion con que la Prusia amenazaba á la Francia en Champagne , se ocupaban muy poco en Coblantz de los grandes proyectos de la Rouarie y de la asociacion bretona , convencidos los nobles emigrados de que iban á llegar á Paris y á destruir en cuarenta y ocho horas la revolucion , se burlaban de los bretones y de sus castillos , sus fosos y fortificaciones. Y hasta dudaban de su fidelidad , siendo notorio que Larochejacquelein y Lescurre si no cedieron á las hablillas de

los de Coblantz , que todos los dias les enviaban decir que comprometian su honor permaneciendo en Francia , fue por las órdenes terminantes que recibieron de Luis XVI. Las esperanzas de Coblantz , se cifraban en el ejército prusiano , y en la conspiracion del Delfinado , el Languedoc y la Provenza.

Morillon se puso muy pronto al corriente de estas esperanzas , contestando á su criado y consocio Barthe , que le avisaba de que sus gastos excesivos , habian casi dado fin á sus riquezas : «Estoy reuniendo capital para entrar en Francia.» Consistia este en los secretos que habia arrancado al marqués de Perbruck , y en la lista de los conjurados de la Provenza y del Languedoc que debian secundar la invasion. Provisto de estos antecedentes regresa Morillon á Francia , llega á Paris , se presenta á la junta de seguridad pública , y entrega mas de

cien nombres de caballeros, que todos fueron arrestados, y él recibió cien mil libras, y las gracias de la junta por su adhesión á la causa pública.

La invasión prusiana fracasó, fusilaron á los conspiradores, y los principes volvieron al fin los ojos á la Bretaña.

Entonces fue cuando el gobierno se ocupó seriamente de una asociación que habia despreciado.

Morillon fue elegido, por recomendación de Barrere, para descubrir la conspiración de la Rouarie, denunciada por Latouche, pero cuyos hilos se les habian escapado siempre.

Llegó Morillon á Rennes con poderes para darse á conocer, y trabajó eficazmente; pero toda su audacia y astucia no le sirvieron de nada. Nunca podia apoderarse de la Rouarie. La lista de los conjurados, los poderes en blanco que trajo Fon-

tevieux de Lieja, y todas las pruebas en fin estaban en poder de la Rouarie ó en el de Teresa de Moëllien, y no pudo apoderarse de ellos.

¿ Como podría cogerlos?

Errantes por los bosques, sin seguir jamas un camino, durmiendo en una choza, ó al pie de un árbol, en un barranco, ó en cualquier gruta inaccesible, escapaban un año hacia á la persecusion de un teniente de la gendarmería, llamado Cadenne, que miraba como un punto de honra el pillarlos. Morillon se jactó de que lo conseguiria en ocho dias, mas pasaron tres meses, sin hallar siquiera sus huellas. En esto supo por Barte, su confidente, que debia celebrarse una reunion en el castillo de la Rouarie, y al mismo tiempo recibió la carta que escribia Latouche á Danton, sugiriéndole medios para sorprender á la Rouarie en Saint-Malo, pero

no queriendo deber á Latouche la presa que se habia vanagloriado de hacer solo , respondió á Danton , que Latouche era un necio , que solo servia cuando mas para oir lo que querian contarle , y perdió por vanidad esta ocasion de apoderarse de la Rouarie. Al dia siguiente era ya tarde , pues este habia salido de Saint-Malo , yendo por otro lado Cesario de Perbruck , acompañado de Santiago Pelerin , en quien habrán reconocido nuestros lectores á Margarita Lemaitre.

---

El proyecto de Cesario al regresar á Francia era rescatar con actos de heroismo y fidelidad , la mancha infamante que habia marchitado su vida. Con este fin ofreció á la Rouarie el apoyo de su nombre y sus numerosas relaciones de familia , para atraer á los nobles

de Nantes á unirse con los de Bre-  
taña. En su consecuencia, y con ar-  
reglo á las instrucciones que reci-  
bió, se trasladó á Nantes recorrien-  
do los pueblos y los castillos, dis-  
frazado de buhonero.

Rochazado por unos, acogido con  
desconfianza por otros, y mirado por  
casi todos como un espia, resolvió  
dirigirse al único hombre que podia  
grangearle la confianza de sus ve-  
cinos. Era este Mr. de Paradéze,  
padre de la jóven con quien estaba  
para casarse, cuando la venganza  
de Lemaitre, le obligó á retirarse  
á la Trapa. Con las relaciones que  
habian existido entre ambos, no po-  
dia desconocerle Mr. de Paradeze,  
y Cesario le pidió una entrevista  
por conducto de Santiago Pelerin.  
Mr. de Paradeze señaló las orillas  
del Erdre, y al anocheecer acudió á  
la cita.

Allí encontró á Cesario. Mr. de  
Paradeze creyó que lo primero que

haria seria disculparse con él, pero viendo que no lo hacia, iba á cortar la conversacion, cuando Cesario le dijo:

—Comprendo, señor baron, la frialdad que me manifestais; tal vez pueda deciros algun dia el motivo que tuve para romper los proyectos de alianza que mediaban entre nosotros, pero será cuando me hayais hecho digno de que oigais mis disculpas, cuando peleando por mi Rey, adquiriera el derecho de decir en alta voz la desgracia que he sufrido. Ya he espiado la falta en un claustro, y ahora la borraré con mi sangre.

—La creo, caballero, y no pido mas reparacion de la injuria que me hicisteis, que cumplais la palabra que empeñó vuestro padre, el dia que yo lo reclame.

—No puedo hacer semejante promesa, señor conde, no sabeis qué horrible es la desgracia á que su-

cumbí.

—Mr. Bernier me anunció vuestra vuelta, y las espresiones de su carta os absuelven á mis ojos de lo pasado.

—¿Qué os decia? exclamó Cesarie con espanto.

—Nada que pueda alarmar vuestra susceptibilidad. Me dice el abate, que no debo inquirir, por qué desaparecisteis seis años há, pudiendo asegurarme que el retiro que os impusisteis, demuestra una delicadeza exagerada. Me dice tambien la resolucion que habeis adoptado de combatir por el trono, asegurándome que no debeis renunciar á las esperanzas que habiamos concebido.

—¡Ah! dijo Cesario, gracias al abate Bernier! El ha vuelto la esperanza á mi corazon, y me ha enseñado que tenia un porvenir, que creí muerto, para siempre. Mr. de Paradeze, juro por mi honor, hacerme acreedor á la confianza del

padre Bernier, y merecer el galardón que me ofreceis.

—Bien está. Yo os ayudaré; sé todos los pasos que habeis dado, porque las personas á quienes os habeis dirigido me lo han contado, pues con razon desconfiaban del que tan mal procedió conmigo; pero están dispuestos á corresponder al llamamiento que habeis venido á hacerles y á una palabra mia todos serán vuestros. Quiero, no obstante, que á los ojos de los que os envían, conserveis el mérito de haber obtenido nuestra adhesion á los planes de la Rouarie. Venid dentro de tres dias á Archet, y allí encontrareis á todos mis amigos y á los de vuestro padre.

—Eso es demasiado, dijo Cesario.

—Ante todo, es la reputacion del que debe ser mi yerno, pues ya sabeis que esos son los deseos de vuestro padre.

—De mi padre! decís ¿sabe siquiera

que existo?

—Hace mucho tiempo que lo supo por Bernier, y salió de Alemania en cuanto tuvo tan fausta noticia, pero cuando llegue á Inglaterra y sepa el noble motivo porque no está ya su hijo allí, no lo sentirá.

Saliendo Cesario del abatimiento profundo en que habia caído, gracias á las amonestaciones de Bernier, alentado con la confianza de la Rouarie, y entusiasmado con la acogida de Mr. de Paradeze, juró morir por la causa que acababa de abrazar, ó merecer la rehabilitacion que todos le ofrecian.

Cesario pasó la mayor parte de la noche con Mr. de Paradeze, y al separarse de él para ir á reunirse con Santiago Pelerin, que le esperaba hácia Barbins, llamó su atención una disputa acalorada. Se acercó, y vió un aldeano jóven que peleaba por escaparse de un grupo de guardias nacionales. Estos amenazán-

dole le mandaban gritar: «Mueran los aristócratas» y él se negaba á obedecer, y tal vez hubiera sido víctima de su obstinacion, si no hubiese llegado Cesario, quien olvidando su situacion y arrastrado por su carácter impetuoso, que se despertaba en él con tanta mas violencia, por lo mismo que habia dormido tanto tiempo, se arrojó pistola en mano sobre el grupo de nacionales, que asombrados con un ataque tan imprevisto, quedaron suspensos mientras Cesario aprovechándose de la oscuridad, se llevaba consigo al aldeano.

Huyeron, pero sintiendo silbar las balas en sus oidos, conocieron que los perseguian, y ya iban á entrar en una casa cuya puerta estaba abierta, cuando el aldeano se detuvo y dijo á Cesario:

—Mas vale caer en manos de esos picaros de nacionales, que en las del dueño de esta casa.

—Esta casa, preguntó Cesario examinándola, no pertenecía á un tal Fichet?

—Todavía es suya, replicó el aldeano.

—No es hermano del que estaba en casa del marqués de Perbruck? dijo Cesario deseando informarse de un hombre cuyo recuerdo iba unido á un suceso tan terrible para él.

—Es hermano de Pedro Fichet, que sigue en casa de Mr. de Perbruck..... ¿Pero conocéis á todo el mundo?

—Y puede uno fiarse de ese Fichet, preguntó Cesario sin contestar á la pregunta del aldeano.

—De quien? del mayordomo como del oro, pero del de esta casa? como del verdugo.

Cesario se estremeció, y el aldeano que estaba de humor de hablar prosiguió:

—Así es que no sé cómo el tío

Fichet, ha recomendado á su hijo Saturnino, que debe llegar á Nantes un dia de estos, á ese tunante de hombre.

—¿Pero como lo sabes? le dijo Cesario asombrado al oir nombres tan conocidos para él.

—Porque su padre ha escrito al mio, que le preste algun dinero, si su tio se niega á hacerlo.

—¡Tu padre! ¿Con que conoce al mayordomo de Perbruck?

—¿Pues no le ha de conocer? ¿Qué tiene de particular que se conozcan un colono y el mayordomo de la misma casa?

—¿Quién eres? preguntó Cesario esperando que fuese conocido.

—Despues del favor que me habeis hecho, no tengo porque ocultárselo; soy hijo de Robertin, colono del marqués de Perbruck.

—¿De qué Robertin? ¿Del de Machecoul?

—Justamente.

—¿Eres hermano de Gerónimo?  
esclamó Cesario.

—¡Ah! respondió el aldeano con  
tono sombrío, ¿conoceis á Geróni-  
mo?

—Sí por cierto.

—¿Y sabeis tambien su desgra-  
cia?... ¡Ah! Como no fuera por el  
hijo del marqués que segun dicen,  
vive aun, hubiéramos hecho todos  
lo mismo que Gerónimo y mi tio  
Luis, para vergarnos de él. ¿Y  
quién sois vos que los conoceis á to-  
dos?

—Tengo motivos para conocerlos,  
y creo que Pablo Robertin no ven-  
derá al conde de Perbruck, que  
acaba de salvarle la vida.

Pablo quedó con la boca abier-  
ta delante de Cesario.

—Vos sois el conde! exclamó;  
vos!..... Ah! añadió cayendo de  
rodillas, es suerte nuestra que nos  
habeis de salvar á todos; no necesito  
deciros que podeis contar conmigo,

con mi hermano, con mi padre, y con toda nuestra familia y nuestros conocimientos. ¿Qué quereis que haga?

El conde le levantó: acababa de ganarse un agente seguro y decidido.

En esto llegaron donde esperaba Santiago Pelerin. Los tres se alejaron.

— Señor conde, le dijo Santiago, ¿qué noticias he de llevar al marqués de la Rouarie?

Cesario reflexionó un rato, y le ocurrió que seria un golpe maestro llamar á la Rouarie á la junta que iban á celebrar en el castillo de Arches.

— Pablo, ¿podrás llevar á este muchacho á la Roche-Bernard en veinte y cuatro horas?

— Si él puede seguirme, yo puedo llevarle.

— Bien está, pues ireis los dos á llevar al marqués una carta. ¿Y

podrás proporcionarme un guia que me lleve al castillo de Arches para el martes?

—¿A vos, señor conde? difícil será. Responderia de vos con mi cabeza, pero no se puede decir al primero que llega que tiene entre sus manos un hombre, cuya cabeza le pagarian á precio de oro. Ahora me ocurre; ¿con qué nombre viajais?

—Viajo de modo que no necesito mas que el mio, porque no me doy á conocer mas que á amigos verdaderos, y evito el entrar en los pueblos.

—¿Y si hubierais encontrado con alguna patrulla? Porque los nacionales están siempre en campaña. Van y vienen de un punto á otro... ¡Garamba! y no necesitan mucho. Conque se tenga aire estrangero, ó se detenga un poco al decir su nombre, le llevan preso sin mas informe.

—Tienes razon , pues ¿ qué nombre he de tomar?

— A propósito; Saturnino llega dentro de unos dias ; ya sabreis ó no que ha habido tratos de casamiento entre él y mi prima Rosa , la hija de mi tio Luis , el comerciante en granos , que vive en Nantes. Si os detienen decis que sois Saturnino Fichet , porque segun me han dicho os pareceis como dos gotas de agua. Decid que sois Saturnino , y mi tio Luis os reclamará ; como ciudadano patriota , y el buen hombre os salvará porque tiene mucho influjo..... Como anda por medio un tal Guillermo Poiré , que quiere á mi prima Rosa , y consigue cuanto quiere para el padre !..... Eso es , ya esté arreglado.

—Tienes razon , Pablo. ¿ Y podrás encontrarme un guia fiel?

—Me ocurre una idea muy buena , pero no habiais de desmentirme. Mi prima Rosa delira por ca-

sarse con un parisiense; voy á referirla nuestro encuentro, diciéndola que me habeis salvado; y que sois de los buenos, y ella se encargará de arreglarlo todo.

—¿Vas á descubrirme á una muchacha?

—No señor, Saturnino Fichet será el actor... ¿No comprendéis?... Su futuro, su parisiense... Yo lo compondré. Pero es menester que la vea, no saldré con ese muchacho hasta mañana ó antes si es posible.

—Pero antes de todo necesito un guía para ir al castillo de Arches.

—Pues bien, por eso me he acordado de Rosa. Mi pobre hermana Marioles, causa de la desgracia de Gerónimo, murió de pena, y su marido Silvestre Landais está enamorado de Rosa. Si le pidiese yo un boton de cuero para salvaros, no me le daría; pero si ella le manda ir al fin del mundo, irá aunque sea á gatas. No temais. El os ser-

virá de guia.

—Mira lo que haces, ¿no se extrañará que Saturnino quiera ir al castillo de Arches?

—¿Por qué no ha de ir vuestro mayordomo á casa del suegro futuro de su amo? Porque ahora que la señorita ha crecido y es tan hermosa, no huireis por no casaros con ella... Saturnino irá encargado de llevar noticias vuestras.... é ireis vos mismo á llevarlas... ¡Ah! ¡Qué idea tan feliz, decia Pablo, restregándose las manos.

Pelerin, que no se habia fijado mucho en la conversacion, se estremeció al oir estas palabras, y aguardó la respuesta del conde con ansiedad. Pero esta solo respondió con un suspiro, y Pablo siguió desplegando su plan de astucia.

Luego que los dejó en una casita donde los recomendó como parientes, se fue á casa do su tio Robertin, y contó á Rosa la historia

que habia compuesto con Cesario, diciéndola que Saturnino habia llegado, y que se presentaria al dia siguiente.

Es menester que te compongas de modo, añadió, que Silvestre le lleve mañana á la noche donde quiera...

—Dices que me quiere? Preguntó Rosa á quien la idea de casarse con un parisiense habia vuelto loca.

—Sí.

—Y qué quiere casarse conmigo?

—Por supuesto.

—Y que me libraré de Guillermo Poiré?

—Seguramente te libraré de él, y de otros muchos.

De este modo volvía á encontrarse nuclado en la vida de Cesario el jardinero de Mr. Lemaitre, quien denunciándole á su amo fue el primer móvil de su desgracia.

—Pues te juro que no tiene que

temer.

Convenido con Rosa, volvió Pablo y dijo á Cesario que no tenia mas que presentarse al dia siguiente en casa de su tio, y que Rosa haria que le guiaran.

—Vete, le dijo Cesario, y si el marqués de la Rouarie consiente en venir contigo, dime donde podré encontrarle para que váyamos juntos al castillo si fuese necesario.

—El mejor sitio es la casa de mi padre De Machecoul á Arches no hay mas que un tiro de fusil y estaremos á la hora convenida si el marqués es tan andarín como dicen.

Pablo marchó con Santiago Pellerín, y Cesario quedó solo, esperando con impaciencia el dia en que debia conquistar nuevos partidarios á la causa que servia.

Hemos presentado todos los preliminares indispensables y vamos á emprender la narracion de los suce-

sos que sobrevinieron de la reunion de estos personajes, y de la combinacion de varios intereses privados, con lo que los nobles llamaban el interés general.

### Los quid-pro-quos.

**E**l 2 de enero de 1793, día en que Cesario debía ir al castillo de Arches, pasaba (la escena siguiente en una casita situada en el pedazo de muelle que hay desde el paseo de San Pedro hasta Barbins. Era esta casa de pobre apariencia, con una ventana en el piso bajo con reja de hierro, y una puerta de madera. Componiase este piso de una pieza

embaldosada de piedra , á la derecha una alcoba , cuya entrada se cubrió con una miserable cortina de bayeta ; á la izquierda un gabinete , y en este la escalera que subia al piso principal : en este como en el bajo , no habia mas que un cuarto graude con alcoba , y en el segundo un granero , al cual se subia por una escalera de mano , y se entraba por una trampa.

Como se vé , la habitacion era miserable , y el aspecto de su dueño lo era aun mas , si es posible. Representaba de unos cincuenta á sesenta años , y su semblante flaco , amarillo y miserable , guardaba perfecta armonía con su escuslido cuerpo , de tal modo que se hubiera creido que le quedaban dos dias de vida á no ser por el brillo de sus ojos , sembrados por largas cejas negras , que atestiguaban un vigor extraordinario , siempre que una cuestion acalorada le hacia olvidarse

del papel que fingia, imitando la debilidad de un hombre próximo á morir.

Este hombre que habia envejecido extraordinariamente desde que le vimos en casa de Cesario, era Maturino Fichet. Su traje se reducía á un pantalon de paño raído muy estrecho y á una chaqueta redonda, que dejaba descubiertas todas las imperfecciones de su cuerpo.

Estaba sentado en la pieza del piso bajo, en una silla de madera, delante de una mesa cubierta de papeles y de asignados: enfrente de él tenia á un jóven vestido con bastante elegancia, que le escuchaba, apoyado de codos sobre la mesa.

— Saturnino, tu padre ha consumado nuestra ruina por seguir al marqués de Perbruck en la emigracion. La pequeña quinta de Marjolaine que era de los dos la han considerado como propiedad de emi-

grado; la vendieron; yo protesté, pero el procurador síndico de ayuntamiento me respondió mirándome con mala cara, que era propiedad de emigrado. Dejé que se apoderaran de mi parte, y la tierra se vendió en ciento veinte mil francos. La mitad me correspondió, y aquí está.

Y Maturino enseñó al jóven un gran paquete de asignados.

—La tuya es esta, añadió, enseñando otro paquete de la misma moneda.

—Sesenta mil francos en asignados, respondió este rechazándolos con la mano, equivaldrán á mil escudos.

—Poco mas ó menos, es decir dos mil setecientas sesenta libras y once sueldos.

—Pues cambiadme eso en dinero, y os daré recibo.

—Con mucho gusto, cuando hayamos arreglado tu cuenta: primero mil libras que te envié; aquí

está la carta en que me las pedias.

—Saturnino no se movió, pero hizo una mueca.

—Ademas, diez y seis sueldos por el porte de la carta.

—¡Ah! ya comprendo, dijo Saturnino.

—Ademas...

—Muy bien, tío, dijo el jóven mordiéndose los labios, sois incapáz de presentar una cuenta sin tener con que justificarla: decidme á cuanto asciende el total de lo que me debeis.

Un golpe de tos le impidió contestar. Hizo esfuerzos inauditos por calmar esta crisis, pero no pudiendo conseguirlo, alargó un papel á Saturnino. Contenia este una gran lista de gastos que habia hecho Saturnino, desde un sueldo á quince libras. Sin entretenerse á examinarlas miró la resta, resultando no ser acreedor mas que en cuarenta y

ocho libras. Saturnino miró á su tio cara á cara, y la tos del tio se redobló. Saturnino se rascó la frente, volvió á mirarle, dudando si le arrojaria por la ventana; pero un momento de reflexion le detuvo; tomó una pluma, escribió un recibo y le dijo:

—Dadme cuarenta y ocho libras y quedaremos en paz.

El tio le miró sobresaltado, pues no esperaba que aceptase sus cuentas con tanta facilidad, y temió que aquella indiferencia encubriese un pensamiento oculto.

—Quedamos en paz y amigos, no es verdad?

Saturnino le midió de alto á bajo con la vista, y le dijo:

—Siento que me obligueis á decir que sois un bribon.

—Un bribon! Ah picaro, te atreves!

—Silencio, dijo Saturnino dando un puñetazo sobre la mesa, que hi-

zo rodar cuanto habia encima. Silencio! Llegé anoche y la pasé en vuestra casa, y como si me descubriesen me guillotinarían, consiento en evaluar el servicio que me habeis prestado en dos mil ochocientas libras ó en sesenta mil, como querais. Según vuestra cuenta me debeis cuarenta y ocho libras, vengan, acabemos.

Repuesto Maturino de la cólera que despertó en él la palabra bribon, se levantó, abrió un armario viejo donde buscó largo rato una cosa entre trapajos, sacó al fin una media, la desdobló y tomó de la punta una docena de escudos de seis libras y una pieza de cuarenta y ocho libras en oro.

—Aquí, aquí está todo lo que me ha quedado por la mala cabeza de tu padre, dijo Maturino, sollozando y limpiándose las lágrimas con la media que encerraba su tesoro.

—Silencio! os digo, mi padre ha

obrado como como debia, y aunque mi opinion sea que no hubiera hecho mal en quedarse en Francia, no le motejo ni consiento que nadie lo haga.

—Yo no le motejo, pero digo...

—Yo digo que empieza á anoche-  
cer; que necesito caminar, y no tengo tiempo para discutir.

Maturino contempló los escudos, cogió tres y se los alargó á Saturnino; pero de repente los retiró, y alargándole la pieza de cuarenta y ocho francos, le dijo:

—Mira, Saturnino, á pesar de tus injurias, quiero probarte que soy buen pariente... Toma oro, que es mas fácil de llevar.

Saturnino se quedó con la boca abierta al ver la generosidad de su tío.

—Y no hablemos del cambio, prosiguió este, aunque en el dia no se encuentra oro, y cuesta mucho.

Saturnino estuvo á punto de abrazar á su tío, pero herido de una idea repentina, se detuvo, y sentándose se puso á reir á carcajadas. El tío no sabia si debia enfadarse por una alegría tan intempestiva, y permaneció de pie echando chispas por los ojos, y con los puños cerrados.

Por fin el sobrino pudo hablar, y dijo:

—Dádmela que la voy á hacer engarzar y á guardarla como una reliquia, pues no es probable que volvais á darme una leccion de generosidad como esta.

—Y diciendo, tomó la pieza de oro. Tal vez Maturino no se hubiera conformado con las chanzas de su sobrino y hubiera desfogado su cólera; pero este abrió de pronto la ventana, se asomó, y en el mismo instante se oyó un silbido prolongado.

—Adios tío; dentro de una hora

ya no tendreis que ajustar cuentas conmigo.

Repuesto Maturino de su ira, volvió á tomar su aire hipócrita y doliente, y alzando las manos con tono aflictivo le dijo:

—Que la bendicion del cielo y la de tu tio te acompañen.

—No levanteis tanto los brazos tio, vais á romper la chaqueta, y luego me pondreis en cuenta la compostura.

En seguida sin esperar respuesta, salió corriendo de la casa, y tomó el camino que vá al paseo de San Pedro, impidiendo su precipitacion que viera abrir la ventana á su tio, y hacer una seña á un hombre de mala traza, que estaba en observacion.

Llegó Saturnino al paseo, donde varias personas, aprovechando un hermoso dia de invierno, venian á sentarse en los bancos de piedra que habia debajo de los árboles. Recor-

rió lo largo del paseo con paso precipitado, mirando á todos lados, como si buscara á alguno, y al llegar al extremo, miró largo rato á lo lejos la parte del Loire, que baña el *prado des Manves*, y luego retrocedió lentamente, observando con atención á los pocos que se paseaban.

No bien, habia oido algunos pasos, cuando vió á corta distancia un hombre de barba muy larga, vestido con una blusa, y de aspecto pobre.

Saturnino no pudo contener un movimiento de sorpresa, y el mendigo quiso contener una exclamacion que se le escapaba. Saturnino se acercó á él, pero notando que los observaban, iba á emprender su marcha de nuevo, cuando cuatro ó cinco hombres les rodearon de tal manera que casi formaron círculo á su alrededor.

Saturnino se sobrecogió, pero el otro se acercó tranquilamente, y con voz lastimera pero serena, le dijo:

—Una limosnita á este pobre que no ha comido hace tres dias.

Saturnino titubeaba, pero el pobre le dijo muy bajo:

—Dadme limosna ó soy perdido.

Metió la mano en el bolsillo, sacó la pieza de 48 francos que le habia dado su tío, y se la tiró.

Recogióla el mendigo, y ya se marchaba, cuando uno de los hombres que le rodeaban le detuvo diciendo:

—A ver, enséñanos lo que te han dado.

Abrió la mano el pobre y enseñó el luis doble.

—Cuarenta y ocho libras! dijo el hombre, bien está, vete y aprovechate de la limosna, que yo te juro que no se repetirá.

El pobre desapareció sin espe-

rar á que le repitieran la órden, y Saturnino, se quedó inmóvil y pensativo.

Al fin echó á andar, y vió que le seguian los hombres que los habian rodeado.

En enero de 1793, no se podia pedir cuenta á esta clase de curiosos, de por qué observaban á un hombre, y mucho menos si este hombre, era hijo de un mayordomo de un emigrado, que habia seguido á sus amos, y mucho menos habiendo venido á Nantes con el fin de tomar un buque neutral para emigrar tambien.

Saturnino siguió paseándose con la mayor indiferencia que pudo, y viendo si descubria á las gentes, que sin duda habia venido á buscar; pero bien fuera que faltasen á su palabra, ó bien que al verle tan acompañado se retirasen, el caso es que dió dos vueltas sin encontrar á nadie. No sabiendo qué partido to-

mar, metió la mano en el bolsillo, y sacó unos doce sueldos.

—Ni siquiera con que pagar una noche la posada! dijo entre dientes. Y acordándose de su moneda de 48 frances suspiró.

—Oh! virtud! murmuró. En seguida se sentó en un banco para meditar mas descansadamente sobre su situacion.

«Hace quince meses que emigró  
«mi padre, dijo para si; yo me  
«quedé en Paris con mi madre, en  
«el Palacio de Perbruck. Debiamos  
«ir á reunirnos con él, pero ocho  
«dias despues murió mi madre y á  
«mi me llevaron á la cárcel. Me han  
«tenido alli catorce meses, hasta  
«que me soltaron por imbécil é ino-  
«fensivo. No he apelado contra la  
«sentencia, pues tengo demasiado  
«buen sentido para pretender tener  
«talento en los tiempos que corren.  
«He venido á Nantes por órden de  
«mi padre, que me escribió desde

«Gersey que encontraria pagado mi  
«pasage en un buque americano que  
«enviaria de paso una chalupa á  
«Guernesey.

«Llegó ayer, me encuentro con  
«el patron de la falúa que debia lle-  
«varme hasta Painhuf, y me cita  
«aqui. En el ínterin voy á casa de  
«mi tio á ajustar cuentas y las aprue-  
«bo para cumplir con la voluntad  
«de mi padre, pues segun parece,  
«antes de seis meses habrá caido es-  
«te infame gobierno de verdugos.  
«Hasta aqui todo ha ido perfecta-  
«mente, pero por haber llegado  
«muy pronto, no he encontrado á  
«los que me esperaban, ó tal vez  
«me han vendido, y en vez de ve-  
«nir mis libertadores me han envia-  
«do cuatro ó cinco bribones que me  
«persigan. Por otra parte aqui no  
«me conocen..... no he estado nun-  
«ca en Nantes..... Pero si no tengo  
«un buen tio, que puede ser que  
«me haya hecho el honor de evaluar

«mi cabeza en diez escudos? Mas la  
«cabeza del hijo del mayordomo de  
«un gran señor, no vale gran co-  
«sa, cuando hay otras mas célebres  
«pidiendo *guillotina*. Pero es inútil  
«pensar en lo pasado, pensemos en  
«el porvenir, ó mas bien en lo pre-  
«sente, pues Dios sabe si viviré mas  
«de un dia: ya estoy observado, cer-  
«cado, y pronto me hallaré preso.  
«Esa maldita moneda de 48 francos  
«probablemente me habrá descubier-  
«to. ¿Quién diablo da á aun pobre  
«una moneda de oro? Porque era un  
«pobre..... Y sin embargo, aunque  
«hace cinco años que no le he visto,  
«y aunque dicen que ha muerto...  
«apostaria que es él, el conde de  
«Perbruck, el hijo del amo de mi  
«padre. Pero... ¿qué diablo ha ve-  
«nido á hacer á este pais? ¿Cómo  
«es que estando tranquilo en otra  
«parte, pues ni aun el marqués pu-  
«do saber cual era su paradero, ha  
«venido á meterse entre las garras

«del tigre? ¿Será que está próximo á estallar el alzamiento de que habla mi padre, y que debe salvar á Luis XVI? Cáspera! Esto resolveria la cuestion!...»

Un golpecito en el hombro cortó el hilo de las reflexiones de Saturnino: volvióse y conoció á uno de los que le habian seguido. Saturnino le miró sin proferir una palabra.

—Camarada, ya es hora de cenar, le dijo el personage misterioso.

Saturnino sin turbarse contestó:

—¿Donde se cena?

—Seguidme y os enseñaré el camino.

Saturnino se levantó, y siguió al hombre que le habia hablado; los otros tres se quedaron detras cortándole la retirada por si le daba el capricho de volverse. Esta precaucion era inútil, pues nuestro parisiense estaba decidido á ver el fin de la

aventura en que se encontraba enredado sin saber como.

Saturnino Fichet, hijo de Pedro Fichet, mayordomo del marqués de Perbruck, era un jóven de veinte y ocho años, alto, gallardo, de figura noble y hermosa fisonomia, tan parecido en algunas facciones al viejo marqués y al hermoso Cesario, que malas lenguas suponian que la muger de Fichet habia olvidado que las obligaciones de un mayordomo no deben pasar de la puerta de la habitacion donde descansa su amo. Otros que habian notado la predileccion de Mad. de Perbruck por este muchacho, y habian sorprendido algunas lágrimas en sus ojos, cuando le encontraba en el palacio, suponian que esta semejanza tan singular tenia otro origen. La revolucion y sus terribles consecuencias acallaron estas hablillas, pero no borraron la semejanza que habia entre el hijo del mayordomo y el hi-

jo del amo.

Aumentábase esta semejanza por ciertos movimientos de cabeza y de cuerpo que le daban el aire de un caballero, y que hubieran admirado á quien hubiera sabido que Saturnino debia ser procurador. Con efecto, su padre, es decir M. Fichet, no quiso legar á su hijo un empleo, que aunque tenia muy buenos productos, imponia la dependencia de la servidumbre.

Decíase tambien que Fichet no habia hecho mas que obedecer á su señor, quien queria poner á su bastardo en situacion de poder llegar á la magistratura. Hubiera de esto lo que quisiera, lo cierto es que Saturnino habia frecuentado mucho mas los bastidores del teatro Audinot que el estudio de su abogado. Citábanlo como héroe de aventuras muy atrevidas y graciosas, ocurridas entre las princesas del teatro; y hasta se decia que habiéndose en-

contrando á solas con algunas hermosas damas de la época que acudían á los oscuros palcos de aquel teatro á ocultar sus citas galantes, habló con tanta soltura y elegancia que les hizo creer que era un caballero.

Saturnino ganó en este oficio una seguridad, sostenida por un valor que le hubiera vuelto fátuo, si no hubiera sido por naturaleza amigo de divertirse y vivir bien, con el corazón siempre en la mano y la mano abierta, siempre risueño y alegre y nada ambicioso ni curioso.

Caminaba, pues, nuestro jovial mozo entre los cuatro hombres y tratando de arreglar en su imaginación el plan de conducta que debía seguir; pero como ignoraba donde iba y lo que querían de él, no era posible que lo hiciera.

—Si me llevarán arrestado, decía, para presentarme ante los señores del Ayuntamiento, no usarian

de tanta política y tanto misterio y si quisieran salvarme no se espon-drian á que dijera : «pies para qué os quiero ,» y dejar burladas sus buenas intenciones , si.....

Y de suposición en suposición iba sin poder atinar , cuando el hombre que le precedía empujó la puerta de una casita y le hizo seña de que entrara ; Saturnino , decidido á entregarse á la casualidad , entró.

## CAPITULO II.

**N**o bien nuestro aventurero pasó el umbral de la puerta se cerró esta sin que sus acompañantes le siguieran. Encontróse en un pasillo largo y estrecho, á cuyo extremo se veía una cocina, en la cual ardía una buena lumbre. Una criada cortes y bonita se asomó y le preguntó:

— ¿ Sois el señor Saturninc Fichet?

Asonbrado el jóven de que le conocieran, dudaba si responderia, cuando vió abrirse una puerta y salir una jóven corriendo y gritando con voz conmovida y alegre.

— Padre mio, es Mr. Saturnino Fichet.

Una voz de contrabajo respondió:

— Que entre el ciudadano Fichet.

Saturnino obedeció, pero antes de que llegara á la puerta de la sala, de donde salió la voz, otra voz dulce le dijo estas palabras al oido: «entrad y no temáis.»

Saturnino pasó delante de la jóven, que era la que habia hablado, saludándola con una reverencia galante y una sonrisa graciosa, y entró en una sala pequeña donde encontró tres ó cuatro hombres de chaqueta con gorro colorado. El dueño de la casa estaba con chinelas y las piernas estendidas sobre un almohadon. Sa-

turnino se adelantó para saludarle con la mayor política, y este le dijo con su voz de contrabajo:

—Salud y fraternidad!

—O la muerte! respondió Saturnino en el mismo tono.

—Muy bien! dijeron al mismo tiempo los tres mozos que estaban en la sala.

Saturnino tuvo que volverse y darles la mano.

—¿Quereis cenar, padre mio? dijo la jóven.

—Si... si, á los postres hablaremos.

—¿Cómo van los negocios en Paris, ciudadano Fichet, preguntó un hombre flaco, con cara de usure-ro, ojos penetrantes, tez amarilla y grasienta, pelo fuerte y aplastado, manos largas y huesudas, y de mirar atrevesado é inquisitorial.

—No va muy mal, respondió Saturnino, alarmado con el aspecto de aquel tio, y con la atencion con

que le miraba.

—Hum! dijo el del gorro colorado con furor reconcentrado, Robespierre se vá haciendo moderado... le gusta ya la lentitud de la justicia, y envia á los presos ante el jurado... Solo Marat ha comprendido la revolucion como patriota verdadero!

—La cena está en la mesa! dijo la jóven, para cortar las palabras sangrientas de aquel descamisado.

Los otros dos convidados ayudaron al gotoso á ir hasta el comedor, y la jóven se aprovechó del movimiento general, para recomendar á Saturnino en voz baja, que fuera prudente.

Este hubiera querido hablar á aquella hermosa niña, que parecia haberle tomado bajo su proteccion, pero vió que el convidado marartista le miraba sin quitarle ojo, y se contentó con ofrecerla la mano. Esta le dió la suya poniéndose encen-

dida como el carmin, y correspondió al cariñoso apretón de Saturnino.

Si no le hubieran llamado por su nombre hubiera creído Saturnino que le tomaban por otro, pero ¿cómo había de creer que se equivocaran cuando sabían quien era, y estaban enterados de que acababa de llegar de Paris?

Crejó, que sería cosa arreglada con su padre, y que el aviso que debía haber recibido se habría extraviado, ó no habría podido hablar con él el encargado de comunicársele. En esta inteligencia se decidió, á hacer y decir todo lo que quisieran.

Sentáronse á la mesa, y la jóven que ocupaba el lugar de ama de casa, invitó á Saturnino á que se sentara á su lado. El maratista hizo un gesto espantoso, ella lo vió, y le puso á su izquierda.

—Hola! Dijo el padre con mal humor, ¿pones á tu lado al ciudadano

Saturnino?

—No se ha de obsequiar á los forasteros?

—No se obsequia á nadie, replicó el maratista. Libertad, igualdad, ó la muerte!

—En ese caso, padre mio, puesto que todos son iguales, ¿por qué no se ha de sentar junto á mí, el ciudadano Fichet, lo mismo que el ciudadano Guillermo Poiré: este era el ex-jardinero de Mr. Lemaitre, que algunos años antes habia hablado con tanta osadia al conde de Perbruck, en la plaza de Bouffay, y que en dicha época anunciaba lo que llegaria á ser.

El padre calló porque el argumento de la hija era superior á su inteligencia, pero el ciudadano Poiré repuso con tono agri-dulce:

—Ya no se rinde homenaje á nadie mas que á la virtud, y el ciudadano Fichet, es demasiado jóven para...

—Para ser virtuoso?... Pues te juro, ciudadano Poiré, que soy muy virtuoso.

—Has hecho tus pruebas? le preguntó Guillermo con voz acre, ó has denunciado á tu hermano, y le has enviado á la guillotina? Has regado con la sangre de los aristócratas el árbol de la libertad?

—Bien sabeis, contestó la jóven, que no puede haber probado su patriotismo como vos, porque sale ahora de la cárcel.

—Y ademas..... dijo Saturnino indignado, nunca.....

El pie de su linda vecina le hizo callar.

—Bueno, bueno, dijo el amo de la casa, luego hablaremos de eso.

—Sí, si, dijo Poiré; la ocasion es á propósito para demostrar que corre por sus venas sangre patriota.

—Quieres un pedazo de este lomo? dijo la jóven, veo que olvidais

de que el ciudadano Fichet, puede que no haya comido.

—Es verdad, me estoy muriendo de hambre.

—Vamos, Rosa, dijo Poiré, dame de ese lomo; si le has compuesto tú, me parecerá delicioso!

La galantería de aquel tunaute, pasando por una boca con los dientes mas negros que el ébano, y acompañada con una mirada amorosa que dirijia á la que merecia el nombre de Rosa, desagradó altamente á Saturnino, y oyó con cierto despecho la respuesta de la hermosa joven, dada con graciosa coqueteria.

—Toda la cena está hecha por mis manos, y sino la haces bien los honores, lo tomaré á insulto, ciudadano.

—Entonces no vuelvo á abrir la boca mas que para comer.

Saturnino se preguntaba, cómo podia una muchacha tan bonita coquetear con un monstruo semejante;

pero en aquel momento Rosa se acercó y le dijo tan bajo que casi no lo entendió:

—Ayudadme, ya veis lo que hago por vos.

Saturnino no comprendia una palabra, y así se puso á comer con voracidad para no hablar y poder observar, vió que Rosa, siguiendo su sistema de proteccion, daba de beber á Guillermo y á sus compañeros, de modo que pudieran perder la facultad de ver y de oír.

El padre no tenia necesidad de que le animaran, pues bebia él solo mas que todos juntos. Los otros dos convidados le imitaban, poniéndose muy pronto en estado de no entenderse; pero el feroz Poiré resistia mejor, y á pesar de las asechanzas de Rosa, al concluirse la comida conservaba todavia sus cinco sentidos.

—Dios mio! exclamó Rosa; las nueve y media, y el médico ha

mandada á mi padre que se acueste á esa hora.

—Hola! dijo Poiré; ha mandado el médico que se acueste temprano, pues tambien ha mandado que no beba vino, y no has juzgado oportuno recordárselo, y ahora que se va á tratar de negocios graves, dices que es hora de que se acueste.

Rosa suspiró, y fingió que se enjugaba una lágrima.

—Cómo me hablais! dijo con voz llorosa, si me habeis de tratar así cuando...

—Pues bien, no, no tengo razon, Rosa mia, no tengo razon. Pero añadió con el gesto horrible que imprime el amor en una cara fea, te conozco, aristócrata... Quieres salvar á ese pícaro de marqués de Perbruck, que se ha comprometido á entregarnos el ciudadano Fichet.

Saturnino empezó á entrever el

papel que representaba y que querian hacerle representar; pero se sorprendió al oír que Rosa le decia con el aire mas natural del mundo...

—Ea, ciudadano; dad á los señores las instrucciones que habeis prometido á mi primo Pablo Robertin.

El nombre de Robertin, unido al de Rosa, fue un rayo que iluminó las tinieblas en que se encontraba mucho rato hacia. Sabia la historia de los tres hermanos sin conocerlos, y comprendió que estaba en casa del Robertin de Nantes, recordó que se habia tratado de casarle con la hija del rico comerciante de granos, y que su padre le habia escrito desde Jersey, que se valiese de este patriota para proporcionarse la proteccion de su tio, si fuese necesario. Pero esto no aclaraba sus dudas sobre el encuentro que se suponía que habia tenido con

Pablo ; así es que exclamó sorprendida.

— Ah ! ¿ he prometido á vuestro primo dar instrucciones ?

— Si , dijo Rosa aturdida de su sorpresa.

Poiré se levantó y con voz amenazadora , le dijo :

— ¿ No sabes nada por ventura ?

— Yo ! Lo sé todo.

— Pues bien , repuso Poiré , ¿ donde se reunirán los malvados conspiradores ? ¿ A qué hora y por donde irán á esa reunion liberticida ? Rosa le echó una mirada de inteligencia como diciéndole :

— A eso puedes contestar fácilmente.

— Ciertamente , contestó Saturnino , con aire de seguridad.

— ¿ Dónde es la cita ? volvió á preguntar Poiré , fijando en él sus miradas investigadoras.

Saturnino que caminaba á ciegas y no sabia por quien iba á respon-

der, buscó un momento en su memoria y recordó haber oído hablar al marqués de Perbruck, de un amigo suyo que vivía en los alrededores de Nantes, que se llamaba el baron de Paradéze; y como se decía que había emigrado, no había peligro en nombrarle. Así dijo:

— Se celebrará la reunion en casa de Mr. de Paradéze.

— ¿ En el castillo de Arches ? exclamó vivamente Poiré.

— Justamente.

— Estaba seguro ! exclamó Poiré. Estos infames aristócratas han vuelto; Paradéze, Perbruck, todos, y todos deben reunirse en el castillo de Arches, en casa de la hermana de ese condenado de Paradéze... Ah! Pardiez ! No necesitábamos habernos molestado tanto, para saber eso, porque yo lo había adivinado.

Saturnino no sabia si reirse al ver la fé con que creia el feroz republicano la mentira que había for-

jado, ó temer el haber acertado con la verdad mintiendo.

En cuanto á Rosa, parecia alegrarse del modo con que Poiré recibia la noticia.

—¿Y por donde piensan ir? prosiguió este.

—¡Ah! dijo Saturnino perplejo, estan ocultos en los alrededores, unos por acá..... otros por allá..... y cada cual irá como pueda.

—Eso es, dijo Poiré reflexionando, ¿pero á qué hora es la cita de la reunion general?

—Mañana á las doce, respondió Saturnino con resolucion.

—Muy bien, dijo Poiré, echándose un vaso de vino al mismo tiempo.

Saturnino que deseaba verse libre del interrogatorio, se quedó sorprendido al oír á Rosa decirle que preguntase lo que pensaban hacer. No obstante repitió la pregunta que le mandaban hacer, y Poiré res-

pondió:

—Mañana á las doce rodearemos el castillo, y á las doce y cuarto cuando todos estén reunidos, entraremos..... pero di... ¿no habrá alguna señal para dar á conocer el momento oportuno de entrar?

—Sí por cierto, dijo Saturnino que no quería quedarse corto, dispararemos tres tiros.

—Bien... bien; nuestros partidarios se pondrán en marcha mañana mismo, tomando unos por la quinta de Ligné y vigilando el camino de Rennes; y los otros por el del castillo de Malvenn. Enviaremos un destacamento al alto de Gigan, y los demas los dividiremos en partidas pequeñas, de manera que cerremos todas las salidas á la guarida de los ex-tiranos.

El republicano trazaba mas bien un plan para sí; sin pensar en contestar á la pregunta de Saturnino; así es que prosiguió combinando las

probabilidades, y aplaudiendo sus medidas por espacio de algunos instantes. Miró despues á sus compañeros medio dormidos y murmuró en voz baja:

— ¡Y no tendré que compartir con nadie la gloria de esta hazaña !..

— No os propongo que vengais á casa de Villaud-Varenes, dijo á Saturnino, porque es muy tarde, pero le diré el servicio que habeis prestado á la patria.

En seguida se levantó, y repuso:

— Saturnino Fichet, eres un ciudadano leal y brindo contigo por la muerte de esos aristócratas execrables, tan cobardes como perversos, que vienen á beber la sangre de los patriotas verdaderos.....

Este brindis proferido con voz tonante, despertó de su adormecimiento á los otros convidados; levantáronse todos escepto el padre de

Rosa, y brindaron por la muerte de los aristócratas, agitando en el aire sus gorros encarnados. Rosa quitó las luces de la mesa y se dirigió hacia la puerta, para darles á entender que era hora de retirarse.

Poiré abrió la marcha y poco despues reynaba el mas profundo silencio en la casa, habiéndose dormido Robertin el padre en un sillón donde le habian colocado Rosa y la criada.

Asi que los ronquidos del padre atestiguaron que dormia profundamente, Rosa se cubrió con una capa y una gorra, y dijo á Saturnino.

—Vamos, ya es hora de ir á la cita.

Quiso saber Saturnino donde queria llevarle, pero Rosa le respondió con inquietud:

—Acordaos que necesitamos media hora lo menos, para ir de aqui

al alto de Balbins , que necesito otra media para volver , y que si mi padre se despierta entre tanto , soy perdida.

Pensando Ssturnino que en el camino tendria tiempo para informarse de quien era, y lo que querian de él, se resignó á echar á andar.

Rosa le precedió, y poco despues le dijo:

—Dadme el brazo y aparentemos que somos dos enamorados , porque asi no se hace uno sospechoso.

Saturnino la dió el brazo , y encontrándose con la niña mas graciosa de cuantas habia visto en su vida , pues su protectora tenia ojos espresivos , un talle gallardo , dientes como perlas , manos afiladas y suaves como una seda , y un pie mas lindo que el de una bailarina , uniéndose á esto que le salvaba con la mayor generosidad , no pudo menos de suspirar y decirla:

—A fé mia señorita , que es un

papel que no quisiera representar, sino que fuera tan cierto.....

— Ah! señor, ya hablaremos de eso despues!

Esta respuesta le sorprendió mas que cuanto le habia acaecido hasta entonces, pues no habia duda de que no le tomaban por otro.

— Hacedme el favor señorita de esplicarme lo que pasa.

— Puesto que lo habeis arreglado con mi primo Pablo, debeis saberlo mejor que yo.

— Se conoce que he hecho muchas cosas de que ni siquiera tengo idea, dijo Saturnino para sí, pero es probable que ese primo sepa quien soy, y él me lo dirá. ¿Vamos, preguntó á Rosa, á buscar al primo Pablo?

— No! Ya sabeis que vamos á buscar á su cuñado Silvestre Landais, que me hace la corte tambien. Ea, replicó Rosa algo incomoda, parece que ese pícaro de Poiré os ha

trastornado el juicio! Pablo me habia dicho que erais valiente, y que cuando le librásteis de las garras de cinco ó seis nacionales que le querian matar, estábais tan sereno como si hubierais estado en un baile, á pesar de que dos de ellos os habian puesto las bocas de sus fusiles en el pecho.

—Diantre! dijo Saturnino riéndose, ¿y no perdí el color?

—Ah! haceis mal en burlaros de mí!

Saturnino se veia precisado á sostener un carácter demasiado heróico para su inclinacion natural, pero viendo que no tenia otro recurso, se conformó á seguir la aventura hasta el fin, encomendándose al cielo para que le sacara con bien. En seguida, empezó á hablar á Rosa de sus proyectos, de su porvenir, y de su pasado.

—Me ha dicho Pablo, le contestó algo picada, que os habia ente-

rado de todo, y veo que él se ha jactado, como acostumbra, de lo que no ha hecho, ó que os olvidais muy pronto de lo que os dicen, y tal vez, añadió suspirando, de lo que decis.

Saturuino apeló á la lisonja, medio seguro de hacerse escuchar aunque no se tenga razon.

—Pablo me ha dicho mil cosas, pero las ha dicho tan mal, que necesito oirlas de vuestra boca. Además me ha parecido que sus palabras no son muy exactas.

—Deveras?

—De veras: me ha dicho que tenia una prima que se llamaba Rosa, jóven muy recomendable, pero no ha dicho como debia, que era la mas bonita, la de mas talento, la mas encantadora y valiente de todo Nantes. Y al mismo tiempo estrechó el brazo de la jóven contra su pecho.

Ella contestó con voz conmovida:

—Es extraño! me habia dicho que os habia hablado, y que por eso... en fin...

—Qué?

—Dios mio! ¿Será mentira que le háyais dicho?... ¿Me habrá engañado? ¿Seria una iniquidad! porque si no fuera por eso no estaria yo aquí.

—No, dijo Saturnino, le he hablado, he debido decirle..... Pero perdonadme que no recuerde á lo que aludis, porque me encuentro en una posicion tan extraña...

—No! esas cosas no se olvidan. Pablo me ha engañado! Loca de mi! Estoy perdida, Dios mio!

Rosa pronunció estas palabras con un terror verdadero.

—No digais eso, Rosa; mientras esté yo á vuestro lado, no correis ningun peligro: yo os preservaré de él, aunque fuera á costa de mi vida.

—Si podeis. Pero, qué le habeis

dicho á mi primo, con respecto á los proyectos de nuestro, padre.... sobre... y se detuvo trémula.

Saturnino conoció que la habian hablado del proyecto que tuvieron sus padres de casarlos, y se aventuró á hablarla en este sentido:

—Escuchadme, Rosa, no sé lo que os habrá dicho vuestro primo, pero si os ha hablado del amor que inspirais á cuantos tienen la dicha de conoceros no os ha engañado; y si contais con mi amor para salvaros de cualquier peligro, no teneis por qué temer.

—De veras?... Gracias! Ah, gracias! Saturnino. Id á cumplir con vuestro deber, y luego que concluysis y esteis en posicion de contrarrestar la influencia del odioso Poiré, afianzaremos nuestra dicha, la mia por lo menos, repuso con cariño: os hablo muy libremente, pero ya sabeis mi posicion, y si de aquí á dos meses no me caso con Poiré,

estoy perdida y mi padre tambien. Ayer mismo me ha dicho: «Es preciso que te cases conmigo, si no quieres saber como bailan en el aire los emigrados »

Rosa era pues realista, y sin duda su padre lo ignoraba.

A pesar de todo esto nada decia á Saturnino, cómo era que otro habia querido sin duda ocupar su lugar, y que él ocupaba en aquel momento el de otro. Deseaba saber donde iba, y no se atrevia á preguntarlo, porque él debia ser el que habia dado la cita; no sabia qué decir, y temiendo encontrar un escollo en cada palabra, escogió el tema del amor que le pareció el mas á propósito para no naufragar.

—Con que me amais? Rosa.

—Si os amo!.. No os he de amar sabiendo lo que sois? Saturnino! vos tan valiente! tan generoso! tan caritativo! vos que habeis socorrido á

tantos desgraciados! que habeis sostenido con tanta lealtad la causa de vuestros bienhechores! que habeis salvado á una familia entera del incendio de Machecoul!

—Cáspita! dijo para sí Saturnino, soy un verdadero héroe.

Pablo Robertin para interesar mas á Rosa en favor del conde de Perbruck, le habia adornado con todas las acciones heróicas que habia oido referir. La pobre Rosa estaba entusiasmada.

—Ah, si, le dijo, os amaré, y os lo digo... Si, os lo digo, porque es un sentimiento que ocupa enteramente mi corazon, y porque cifraré mi dicha y mi orgullo en ser algun dia Mad. Fichet.

—Un hombre tan valiente, dijo entre sí nuestro héroe, debe tener derechos que no tienen los demas. Y abrazó á Rosa.

Ella se detuvo conmovida.

—Saturnino, le dijo, este será

el abrazo de nuestro desposorio....  
contad conmigo, antes moriré que  
ser de otro... Me haceis el mismo  
juramento?

Casi siempre las palabras, res-  
ponden á las palabras, antes que los  
pensamientos á los pensamientos.

—Sí, lo juro, dijo Saturnino, sin  
reflexionar en la gravedad del com-  
promiso que contraía.

—Esperad un poco, que ya hemos  
llegado!

Rosa apretó la mano á Saturni-  
no, y llevándosela al corazón dijo:

—Este no os engañará jamás!

—Saturnino quiso robarla otro  
beso, pero Rosa se escapó y fue á  
llamar á la puerta de una cabaña,  
que estaba á unos veinte pasos del  
camino. Poco despues llegó un hom-  
bre con dos caballos, donde estaba  
Saturnino.

—Y Rosa? le preguntó el jóven  
aventurero.

—Vuelve á Nantes por el cami-

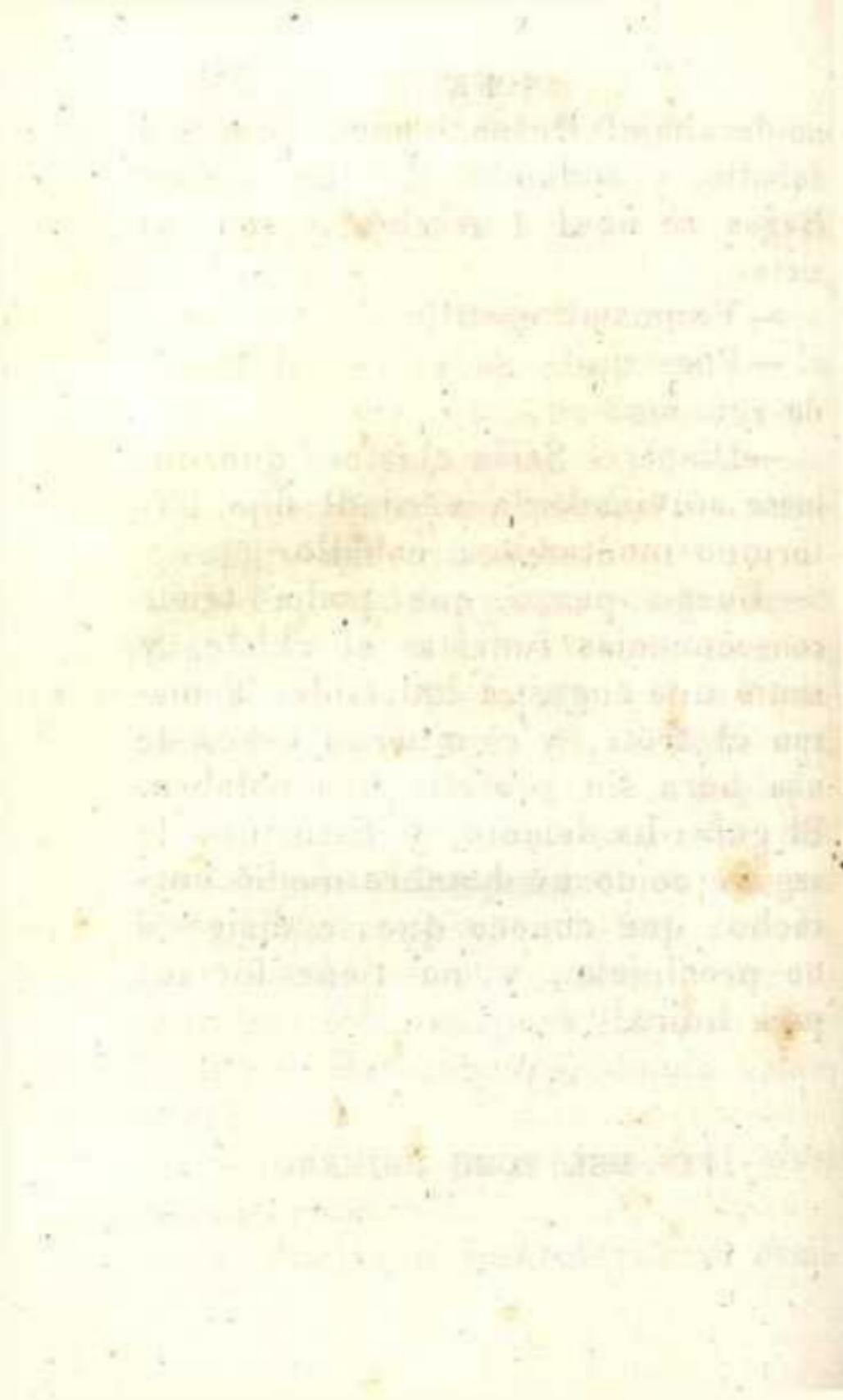
no de abajo. Despachemos, pronto á caballo, y andando. Hay dos leguas largas de aquí á Arches, y son las siete.

—Vamos al castillo de Arches?

—Pues qué, no es ese el punto de reunion?

—Diantre! Seria chistoso que hubiese adivinado la verdad! dijo Saturnino montando á caballo.

Luego pensó que podia tener consecuencias funestas el chiste, y sintió una angustia indecible. Tomaron el trote, y caminaron cerca de una hora sin proferir una palabra. El guia iba delante, y Saturnino le seguia como un hombre medio borracho, que conoce que se dirige á un precipicio, y no tiene fuerzas para huir.



# INDICE

## DEL TOMO PRIMERO.



|   |     |
|---|-----|
| Prólogo. Una historia misteriosa. . . . .                             | 5   |
| Introduccion. Nuevos personajes y esplicaciones preliminares. . . . . | 124 |
| Los quid-pro-quos.  |     |
| Capítulo I. . . . .   | 186 |
| Capítulo II. . . . .  | 207 |

# INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

|     |     |
|-----|-----|
| 134 | ... |
| 185 | ... |
| 207 | ... |